

## TÍTULO V – EXTRACTIVISMO



## CAPÍTULO XVI - EL ECOLOGISMO FRENTE AL EXTRACTIVISMO



El sistema-mundo productivista se asienta en mecanismos centrípetos de redistribución de recursos, mecanismos que se manifestaron desde los orígenes -en el siglo XVI- del paradigma que ha dominado nuestra cultura, que confirió prioridad existencial a la expansión (económica y geográfica) y a la conquista de la naturaleza. Las instituciones de los Estados se orientaron entonces a garantizar dicha prioridad, conduciendo - en conjunto - a una desenfrenada mercantilización de todos los ámbitos de la vida natural y social, como así también a una creciente acumulación y concentración del capital. La consecuencia directa sobre las áreas periféricas, semiperiféricas y las “arenas exteriores” del sistema-mundo, fue el establecimiento de un colosal mecanismo centrípeto de saqueo: el *extractivismo*.

Un sistema socioeconómico cuya fuerza rectora básica y toda su razón de ser es la consecución de ganancias y riqueza a través del proceso de acumulación, es un sistema que debe expandirse continuamente y, en consecuencia, inevitablemente choca con los límites biofísicos del planeta. Se trata de un sistema en guerra con la naturaleza cuya continua expansión empuja a rastrear el mundo en búsqueda de recursos respondiendo a la insaciable apetencia de ganancias que guía los pasos de los dueños del capital y son esas ganancias las que los empujan - sistemáticamente - a ignorar la cuestión ambiental, en tanto ella, se ha transformado en la variable de ajuste de sus ecuaciones económicas.

*Neo-extractivismo o Paleo-extractivismo: dos caminos y un solo destino*



Pablo Dávalos,<sup>1</sup> menciona que, en el artículo publicado por la revista electrónica ALAI: *Recursos naturales como eje dinámico de la estrategia de UNASUR* (2014) Alí Rodríguez, quien fuera ministro de Economía y responsable de PDVSA durante el Gobierno de Hugo Chávez, y luego ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela y Secretario General de la UNASUR, expone punto por punto los argumentos del discurso extractivista. Dávalos resume tales argumentos señalando que, según Alí Rodríguez:

Latinoamérica en general y Suramérica en particular, no se caracterizan por ser potencias tecnológicas ni financieras y que su mayor riqueza está en sus recursos naturales y en su gente, y que es el momento de utilizar esos recursos naturales para financiar tareas urgentes tanto del desarrollo, como el crecimiento económico, cuanto, de la redistribución del ingreso, como la salud y educación.

Con esa visión, en las últimas décadas se aplicaron en Latinoamérica modelos socioeconómicos apoyados en prácticas extractivistas que en muchos casos condujeron al establecimiento de economías de enclave: mineras; petroleras y agroexportadoras, con intervención estatal y apropiación de parte de la renta para el financiamiento de las políticas sociales, definiendo de esta manera, tal como lo postula Eduardo Gudynas,<sup>2</sup> un “*neo-extractivismo progresista*”.

<sup>1</sup> Dávalos, P. (2014). Recursos naturales y estrategia de la UNASUR. Alí Rodríguez y el discurso extractivista latinoamericano, documento electrónico:  
[https://www.biodiversidadla.org/Documentos/Recursos\\_naturales\\_y\\_estrategia\\_de\\_la\\_UNASUR.\\_Ali\\_Rodriguez\\_y\\_el\\_discurso\\_extractivista\\_latinoamericano](https://www.biodiversidadla.org/Documentos/Recursos_naturales_y_estrategia_de_la_UNASUR._Ali_Rodriguez_y_el_discurso_extractivista_latinoamericano)

<sup>2</sup> Gudynas, E. (2009). “Diez Tesis Urgentes sobre el Nuevo Extractivismo: Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual”, documento electrónico:  
<http://www.gudynas.com/publicaciones/GudynasNuevoExtractivismo10Tesis09x2.pdf>

Con el avance neoliberal comienza a asomar el modelo impuesto en la década de 1990 que - también apoyado en el extractivismo - se caracteriza por un relajamiento en la participación estatal y por la disminución drástica o directamente por la eliminación de toda política de apropiación de parte de la renta extractivista, definiendo así un “*paleo-extractivismo*” que nos remite a la colonialidad.

Obviamente, entre uno y otro modelo existen profundas diferencias en cuanto a sus efectos socioeconómicos, pero en el mediano y largo plazo, las inevitables y graves consecuencias ecosociales resultarán ser las mismas.

Ambas corrientes de pensamiento pretenden luchar contra la pobreza y el hambre dedicando todos los esfuerzos para alcanzar un infinito crecimiento económico. El neoliberalismo, proponiendo un ilusorio derrame de la riqueza sobre los más necesitados; y el progresismo, imaginando que resulta posible construir un capitalismo con rostro humano.

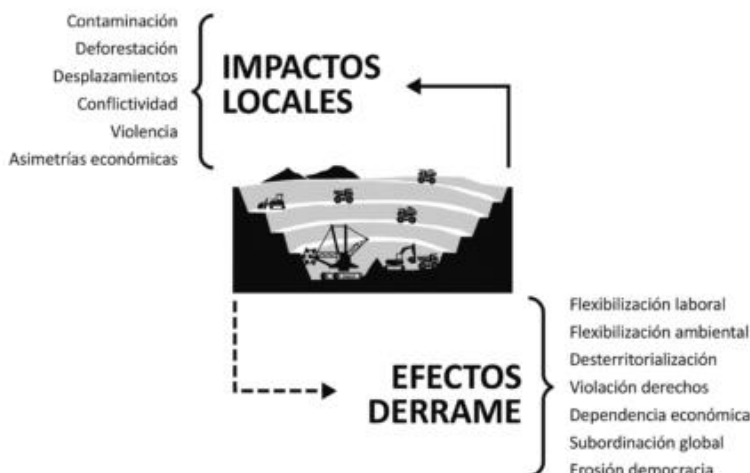
Si de derrame hablamos -en los extractivismos- poco y nada se da en cuanto a riqueza, pero mucho es lo que derrama en cuanto al debilitamiento de la cobertura y salvaguarda de derechos, efecto derrame que Eduardo Gudynas<sup>3</sup> describe de la siguiente manera:

...nos encontramos ante dos procesos, por un lado los conocidos impactos locales, y por otro lado efectos más difusos, pero no menos graves, que alteran las políticas públicas. Estos últimos son denominados “efectos derrame”, correspondiendo a cambios en las políticas públicas, e incluso en conceptos políticos básicos como justicia o derecho, que son transformados como consecuencia de los extractivismos. Esto se observa cuando, por ejemplo, para poder llevar adelante un proyecto extractivo se modifica una normativa ambiental, pero la consecuencia de ese cambio no se restringe a ese emprendimiento, sino que modifica toda la gestión ambiental, incluso en actividades no extractivas, y se aplican en todo el territorio. No estamos aquí ante impactos locales, y no son pocos los casos donde una normativa se altera aun antes de iniciar un emprendimiento, con el solo propósito de alentar a inversores. Lo que ocurre es que políticas públicas, como pueden ser las ambientales, laborales, sanitarias, etc., se modifican para permitir los extractivismos, y eso genera consecuencias que se “derraman” en todas las políticas y en todo el país. Existen múltiples derrames y se entrelazan unos con otros, afectando los modos de entender la economía, la justicia y la democracia, e incluso las concepciones de la naturaleza.

Gudynas emplea la siguiente figura para graficar la distinción entre impactos locales y efectos derrame, mediante ejemplos de algunas de sus expresiones más comunes:

---

<sup>3</sup> Gudynas, E. (2018): Extractivismos: el concepto, sus expresiones y sus múltiples violencias, PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global N° 143, pp. 61-70



Como lo he afirmado en *Del Productivismo a la Convivencialidad*:<sup>4</sup>

Las trágicas consecuencias ecosociales del paradigma productivista y los mecanismos centrípetos de redistribución de los recursos en los que se asienta el sistema-mundo capitalista convierten en utopía el paradigma que inspira a la dirigencia política tradicional, particularmente aquella que hoy promete transformar a los países de la periferia en “paraísos productivos”. Ninguno parece advertir que - dentro del sistema-mundo capitalista - es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un país periférico entre en el reino del “primer mundo” y menos aún advierten que la actual crisis ecosocial global, ya ni siquiera asegura la continuidad del desarrollo en los países centrales a los que se intenta imitar.

Lo cierto es que en el sistema-mundo productivista que habitamos, haciendo gala de una absoluta falta de conciencia sobre la realidad ecológica y social, la dirigencia y la tecnoburocracia, más allá de sus diferencias, solo atinan a correr tras el “*sueño americano*”, a ofrecernos el paraíso terrenal, si somos capaces de alcanzar la etapa superior del crecimiento económico, aquella que Rostow,<sup>5</sup> denominaba la del *alto consumo en masa* en la cual, los seres humanos, cansados de tanta opulencia, se decidirán - de una vez por todas - a ayudar al prójimo. Inmersos en ese utopismo – no libre de intereses – han justificado una a una sus aventuras extractivistas, ignorando la rica experiencia histórica de más de cinco siglos transcurridos desde el saqueo colonial, pasando por el neo-extractivismo progresista y llegando hasta este paleo-extractivismo *cuasi* colonial.

<sup>4</sup> Merenson, C. (2016). Documento electrónico: <https://laereverde.com/2016/03/30/del-productivismo-a-la-convivencialidad/>

<sup>5</sup> Walt Whitman Rostow, historiador y economista norteamericano, es el autor de la teoría sobre las etapas del crecimiento económico, que postula la existencia de cinco etapas en las que se puede encuadrar un país en función de su proceso de crecimiento económico y que son: sociedad tradicional; condiciones previas al despegue; despegue; camino hacia la madurez y era de alto consumo en masa.

Quinientos años en los que nuestra Latinoamérica no detuvo su incesante marcha hacia la pauperización económica, social y ambiental. Quinientos años en los que solo ha visto degradado su ambiente y expoliado su patrimonio natural, sin que se haya resuelto el problema de la pobreza.

### *A desextractivizar*



La lucha del ecologismo en el mundo industrializado ha encontrado en el *decrecimiento* un eje central y estructurante, pero, en Latinoamérica, ese eje pasa por el *desextractivismo*, por la oposición a una práctica que ha demostrado - sobradamente - que solo sirve para aumentar la dependencia económica y política con inadmisibles consecuencias ambientales y sociales.

Ha llegado la hora de plantearnos la necesidad de *desextractivizar*, de liberar nuestra Latinoamérica de las diferentes formas de *economías de enclave* que nos han integrado en posición subordinada – colonial – en el sistema internacional y que nos siguen subordinando a una globalización económica, ideológica y cultural de un sistema-mundo productivista que se extingue.

Desextractivizar implica defender los recursos naturales y la calidad ambiental frente a la insaciable voracidad de los monopolios internacionales que pretenden - a toda costa – imponer sus modelos de saqueo con el único objeto de multiplicar sus ganancias y mantener estilos de vida absolutamente insostenibles; de allí que desextractivizar también implica dejar de lado los modelos de desarrollo productivistas que hicieron posible la existencia misma de tales monopolios.

Desextractivizar plantea el desafío de construir un modelo de desarrollo diferente, que no imite los insostenibles modelos de los países ricos y que no apele a las centenarias e inconducentes estrategias extractivistas. Modelos y estrategias que se encuentran en el corazón mismo de la cultura productivista y resultan comunes a todo el arco ideológico político tradicional. Al cuestionarlos, el ecologismo político está poniendo en tela de juicio supuestos con los que hemos vivido hasta el presente, lo cual desatará la férrea oposición de aquellas ideologías que - parafraseando a Cornelius Castoriadis - expresan el imaginario de un control y un dominio racionales sobre la naturaleza y la sociedad. Ideologías que apoyadas en la fantasía de la omnipotencia de la técnica han instalado en el centro de los intereses de la humanidad la satisfacción de las necesidades materiales, desatando un consumismo que – vertiginosamente - todo lo consume.

Esta posición del ecologismo político no deriva de una especulación teórica ni de una visión catastrofista, sino de la constatación de las consecuencias de la ininterrumpida aplicación de las ideologías productivistas en el mundo real.

Todo lo anterior no debe llevarnos a suponer que el ecologismo plantea no crecer en una Latinoamérica que debe afrontar la lucha contra la pobreza y el hambre como tareas prioritarias. Lo que el ecologismo político plantea, tal como lo propone Serge Latouche,<sup>6</sup> es la necesidad de abandonar:

...la jerga políticamente correcta de los adictos al productivismo ... La consigna “decrecimiento” tiene como razón principal subrayar con fuerza el abandono del objetivo del crecimiento ilimitado, objetivo cuyo lema no es otro que la búsqueda de lucro por parte de los dueños del capital, con nefastas consecuencias para el medio ambiente y por ende para la humanidad.

Toca hoy al ecologismo político Latinoamericano luchar por la justicia social, por un desarrollo basado en la ruptura de la dependencia económica, política y cultural. Un desarrollo libre de condicionamientos y ajustes, de saqueos extractivistas y también, libre de *marketing* verde o medidas ambientales cosméticas. Solo aprendiendo a vivir de otra manera es como lograremos salir del callejón sin salida en el que nos encontramos.

#### *Renta para pocos y externalidades para muchos*



La historia ha demostrado que en Latinoamérica resulta erróneo pensar que haciendo un uso indiscriminado de los recursos naturales se puede financiar las urgencias del desarrollo.

Pretender elevar el nivel de vida de la gente sin tomar en consideración el impacto catastrófico de la lógica productivista sobre la vida de los seres humanos y el ambiente -

<sup>6</sup> Latouche, S. (2009). *Pequeno tratado do decrescimento sereno*, wmf martinsfontes SÃO PAULO.



como la experiencia regional lo demuestra- solo ha servido para maximizar la renta de pocos y externalizar los impactos ecosociales sobre muchos.

Es en este escenario que la *Ecología Política* debe irrumpir como una nueva y vigorosa corriente de pensamiento y acción política capaz de llenar el vacío de alternativas a la altura de las circunstancias y debe hacerlo para cambiar el rumbo antes de que el deterioro ambiental y la consecuente declinación económica lo hagan imposible.

El extractivismo, practicado desde la colonia hasta nuestros días, no debe ser el destino eterno de Latinoamérica.

### *Sosteniendo lo insostenible*



¿Puede calificarse como sostenible la megaminería a cielo abierto? ¿Pueden serlo las monoculturas transgénicas? ¿Es posible calificar como sostenible una matriz energética basada en fuentes fósiles y nucleares?

En el afán por tornarlas socialmente aceptables se suele calificar a las actividades extractivistas con el término *sostenible*. Pero la sostenibilidad involucra una serie de criterios operativos cuyo incumplimiento invalida su empleo como calificativo.

A manera de ejemplo mencionaremos aquí cinco criterios operativos de la sostenibilidad.<sup>7</sup>

El primer e irrenunciable criterio operativo de sostenibilidad es el de ***irreversibilidad cero***; que implica la reducción a cero de las intervenciones acumulativas como la emisión de tóxicos persistentes que no son biodegradados y se acumulan en las cadenas tróficas, los desechos radiactivos y la reducción a cero de los daños irreversibles como la extinción de especies animales y vegetales.

Otro importante criterio operativo de sostenibilidad para el caso de recursos naturales renovables es el de ***recolección sostenible*** que implica utilizar tasas de recolección iguales a las tasas de regeneración de estos recursos.

Para el caso de los recursos agotables, pero reciclables y los agotables irreversiblemente, el criterio operativo de sostenibilidad es el de ***vaciado sostenible*** que expresa que es *cuasi* sostenible la explotación de recursos naturales no renovables cuando su tasa de vaciado es igual a la tasa de creación de sustitutos renovables.

<sup>7</sup> Riechmann, J. (1995) Capítulo 1: "Desarrollo sostenible: la lucha por la interpretación" del libro *"De la economía a la ecología"* (Riechmann J., Naredo J.M. et al; 1995).

Tenemos también el criterio de *emisión sostenible* que implica que las tasas de emisión de residuos deben ser iguales a las capacidades naturales de asimilación de los ecosistemas a los que se emiten esos residuos.

Por último, se debe mencionar al criterio de *precaución* que supone adoptar una actitud anticipatoria para identificar y descartar de antemano las vías que podrían llevar a desenlaces catastróficos, aun cuando la probabilidad de estos parezca pequeña.

¿Podemos preguntarnos entonces si la megaminería a cielo abierto, el modelo agroindustrial de monoculturas transgénicas o la matriz energética hegemonizada por fuentes fósiles y nucleares, satisfacen los criterios operativos antes enunciados?

Dar respuesta a estos interrogantes resulta de fundamental importancia para los decisores políticos. La palabra “*sostenible*” no tiene poderes mágicos. Su inclusión en nuestro vocabulario, discursos, informes o proyectos no es suficiente para asegurar que nuestra sociedad o las actividades económicas se vuelvan sostenibles. Por el contrario, el bastardeo del término nos conducirá -más rápido de lo que imaginamos- a la insostenibilidad de nuestro proceso de desarrollo.

En las últimas décadas hemos sido embarcados en cuanta aventura extractivista se ha propuesto y pretendiendo justificar lo injustificable, se ha corrido tras la utopía de sostener lo insostenible, destruyendo en el camino una parte sustancial del patrimonio natural, ignorando que el destino de la heredad natural de nuestro país hace al destino del país y es sobre este destino que se está decidiendo cada vez que se decide una política determinada en materia de actividades extractivistas.

Fruto de la cultura productivista que todo lo impregna y de sus urgencias nunca ha quedado tiempo para evaluar cuidadosamente los pasivos ecosociales que lleva consigo el ininterrumpido saqueo de los sistemas ecológicos de nuestro país y las inequívocas señales de deterioro de nuestros ecosistemas.

Si las urgencias del presente, como la lucha contra la pobreza, la indigencia y el hambre nos conducen a los extractivismos, debemos hacerlo en el marco de una planificación que nos pueda sacar -lo antes posible- de ese camino que, inevitablemente, nos conduce a la insostenibilidad, multiplicando los problemas que se pretendían resolver con el agravante de un deterioro natural que hará imposible resolverlos.

Si bien es cierto que la mayor riqueza de nuestro país está en sus recursos naturales y su gente, la historia ha mostrado que es erróneo pensar que haciendo un uso indiscriminado de los recursos naturales se puede financiar las urgencias del desarrollo. Pretender elevar el nivel de vida de la gente sin tomar en consideración el impacto catastrófico de la lógica extractivista sobre la vida de los seres humanos y el ambiente -tal como la experiencia lo demuestra- solo ha servido para maximizar la renta de pocos y los impactos ecosociales de muchos.



### *Megaminería: el extractivismo salvaje*



En las seis últimas décadas la actividad minera a nivel mundial registró un ininterrumpido y espectacular crecimiento. Por otra parte, el aumento en las cotizaciones de ciertos metales ha definido niveles de rentabilidad del sector minero que lo colocan al tope a nivel mundial entre las industrias con los mayores márgenes de ganancias. En este escenario de expansión la minería se ha visto obligada a crecer en escala y a emigrar de sus zonas tradicionales de producción hacia regiones cada vez más remotas, ubicadas en Asia, África y Latinoamérica, amenazando ecosistemas y recursos vitales, generando diferentes reacciones sociales tanto a escala local como nacional. Tal es el caso de Argentina donde se ha abierto un fuerte debate en el seno de la sociedad sobre la expansión de la megaminería a cielo abierto.

Sectores liberales-productivistas, festejan la llegada de inversiones mineras, exigiendo garantizarles la máxima seguridad jurídica y la menor intromisión por parte del Estado. Los gobiernos nacional y populares consideran que - con los cuidados necesarios - se pueden desarrollar proyectos megamineros a cielo abierto. Desde posiciones nacionalistas y de la izquierda se cuestiona el saqueo que comporta un modelo de desarrollo minero que pivotea en las inversiones extranjeras, proponiendo la reapropiación pública de nuestros recursos naturales y estratégicos como, por ejemplo, la nacionalización de la gran minería.

Hay quienes argumentan que, si bien la megaminería trae consecuencias ambientales no queridas, ella es necesaria a cambio del progreso de la humanidad, afirmando por ejemplo que la informática y otras industrias requieren del oro para su desarrollo, soslayando que solamente el 11% de la producción mundial tiene tales destinos, mientras que el 89% restante se emplea para destinos suntuarios (joyería) o monetarios/especulativos.

Una buena síntesis del pensamiento sobre la megaminería que predomina a derecha e izquierda del tablero político tradicional la ofreció Rodolfo Terragno en la presentación de

su libro *Desarrollo y Ecología, cómo conciliar dos de las principales necesidades de la Argentina, el caso de la megaminería*. Terragno aseguró que la minería, realizada de acuerdo con normas, no es perjudicial y que no es posible que persiguiendo el cuidado del ambiente se pretenda impedir el desarrollo de la minería como una actividad que ayuda al desarrollo de los pueblos (?). "Hoy tenemos un ecologismo salvaje", aseguró el escritor quien acusó a muchas de las entidades de defensa del ambiente por parecer actuar con intencionalidad política y diferentes intereses económicos.

Para Terragno cuestionar a la megaminería es servir a intereses políticos y económicos, contrario *sensu* el autor parece creer que defenderla es una tarea absolutamente desinteresada, libre de toda intencionalidad política o económica. Que cada uno saque su propia conclusión.

Frente a tales opiniones, el ecologismo sostiene que los impactos socioambientales de la megaminería a cielo abierto resultan innegables. Prueba de ello, por ejemplo, son las conclusiones del Inventario de Emisiones Tóxicas (TRI) que en 2005 demostró que 72 minas eran responsables del 27% de todos los contaminantes vertidos en el territorio de Estados Unidos. Otro ejemplo lo tenemos con la decisión que la Corte Federal de Canadá (Ver en: [http://www.miningwatch.ca/index.php?npri/npri\\_victory\\_federal\\_court](http://www.miningwatch.ca/index.php?npri/npri_victory_federal_court)) que forzó al gobierno federal a poner fin a la retención de datos de una de las más grandes fuentes de contaminación - millones de toneladas de sustancias tóxicas y de escombreras de residuos de roca de las operaciones mineras en el territorio de Canadá.

Pero la cuestión profunda que se esconde detrás de la expansión de estos proyectos debe ser analizada desde una visión diferente a la que se puede dar en un debate entre opiniones que divergen en lo accesorio, pero que resultan convergentes en lo esencial. Tal visión es la que aporta la *Ecología Política*.

El cuestionamiento al formidable consenso económico, político, social, y científico de los tres últimos siglos lleva a la *Ecología Política* a señalar al capitalismo productivista/consumista como el responsable directo del rumbo insostenible de la humanidad, de allí que una mirada desde la *Ecología Política* sobre la expansión de la megaminería a cielo abierto no se limita a considerar sus innegables impactos socioambientales, sino que además la identifica como un claro indicador y ejemplo de la sinrazón del productivismo capitalista.

El actual proceso de expansión de la megaminería en Latinoamérica resulta consecuencia directa del culto al crecimiento ilimitado, compartido tanto por los países desarrollados como por los países en desarrollo, estos últimos, particularmente convencidos que hay que crecer a toda costa, ya que en algún momento la riqueza se derramará alcanzando a toda la sociedad. Idea ingenua o interesada que, más allá de hechos anecdóticos de limitado alcance local, la historia se ha encargado hasta el cansancio en desmentir, demostrando que la riqueza no se derrama - ni siquiera gotea - sino que la lógica inherente al sistema solo tiende a concentrarla.

El proceso de crecimiento económico que se apoya en pilares extractivistas, en esencia, es un modelo colonial. Economía colonial, economía de enclave, extractivismo desarrollista,

extractivismo de cuño liberal y, en la actualidad, neo-extractivismo progresista tal como lo define Eduardo Gudynas. Poco ha cambiado en lo fundamental: los recursos naturales son exportados y nos quedamos con los pasivos ecosociales. Antes era a cambio de nada y, ahora, a cambio de regalías o derechos que en poco los compensan, si es que son económicamente compensables.

Hoy nos toca hacer frente a un modelo extractivista que se mantiene vigente como pilar de las estrategias de desarrollo y es aceptado como motor fundamental del crecimiento económico y, en consecuencia, como una contribución clave para combatir la pobreza a escala nacional, lo cual pretende otorgarle legitimidad. Si bien es cierto que, a diferencia de los modelos anteriores, en el neo-extractivismo progresista existe un papel más activo del Estado sobre los sectores extractivos y se capta una mayor proporción de su renta ello no logra evitar que el modelo siga siendo funcional a la globalización económico-financiera, que se mantenga nuestra inserción internacional subordinada, que se fragmente el territorio y que se externalicen los inevitables impactos sociales y ambientales.

El neo-extractivismo progresista se debate en sus propias contradicciones. No se puede favorecer los intereses de las corporaciones multinacionales y, al mismo tiempo, pretender aliviar la pobreza de los humillados y ofendidos. No se puede querer que prosperen simultáneamente las transnacionales mineras y las poblaciones locales por ellas impactadas.

Se abre entonces el gran desafío para el ecologismo: presentar un modelo alternativo al neo-extractivismo progresista. Ello implica desplegar los principios de la economía ecológica y los valores que inspiran a la *Ecología Política*. Ello implica iniciar una transición que nos lleve hacia un desarrollo sostenible, una transición a un modelo económico que aúne, en una radical transformación, justicia social y justicia ambiental. Una transición a una economía que ponga el acento en la reproducción de las condiciones para el buen vivir, el cuidado, la contención, la supervivencia colectiva, el obligado decrecimiento de las economías ricas y la mitigación de las desigualdades en materia de ingresos y bienestar material en todo el mundo.

Se trata de un modelo económico que no considera al ambiente como un factor secundario de la producción, sino que lo concibe como un recipiente que contiene, provee y sostiene toda la economía. Un modelo que asume como factor limitante para el desarrollo económico futuro a la disponibilidad y funcionalidad del capital natural, en especial los irremplazables servicios que soportan la vida, para los cuales no pueden ni deben existir valores de mercado.

La economía mundial ha entrado en una dinámica absurda y los ecologistas plantean el derecho a parar, a no aceptar más que nos sigan queriendo convencer de la necesidad de un utópico “infinito crecimiento”, que nos sigan proponiendo como solución para los países en desarrollo imitar los insostenibles modelos de los países ricos, que nos quieran convencer de las bondades de un modelo depredador como el de la megaminería a cielo abierto. Es bajo esta particular visión que el ecologismo rechaza la superideología productivista común a todas las ideologías políticas tradicionales, una de cuyas expresiones "salvajes" (parafraseando a Terragno) resulta el extractivismo megaminero a cielo abierto.

### *El extractivismo agroindustrial*



A manera de introducción veamos resumidamente la evolución histórica del extractivismo agroindustrial.

En *Historia Verde del Mundo*, Clive Ponting afirma que:

Durante unos dos millones de años los seres humanos vivieron de la recolección, la conducción de manadas y la caza. Después, en el espacio de unos cuantos miles de años surgió una forma de vida radicalmente distinta basada en una gran alteración de los ecosistemas naturales, orientada a la producción de cosechas y a la consecución de pasto para los animales. Este sistema más intensivo de producción alimentaria...marcó la transición más importante de la historia humana

Tal dio inicio hace 10.000 a 12.000 años, con una agricultura de subsistencia que no registró grandes cambios hasta que, con los avances de la revolución industrial, comienza a desarrollarse una agricultura intensiva cuyos impactos comienzan a ser evaluados en el siglo XIX. Fue Justus von Liebig en Alemania uno de los primeros en hacer una fuerte crítica por la pérdida de nutrientes desde principios hasta mediados del siglo XIX debido a la agricultura intensiva al modo británico. En su gran obra de 1840, *Química orgánica y su aplicación a la agricultura y a la fisiología*, Liebig denunciaba dos problemas interrelacionados: el agotamiento del nitrógeno, fósforo y potasio, nutrientes esenciales de la tierra; y la acumulación de estos nutrientes en las ciudades cada vez más pobladas, donde contribuían a la contaminación urbana.

En los Estados Unidos, George Waring y Henry Carey advertían que los alimentos y fibras, que contienen constituyentes elementales de la tierra, estaban siendo transportados a largas distancias en un movimiento en un solo sentido: del campo a la ciudad, dando lugar a que la tierra perdiera sus nutrientes. Pero en lugar de motivar un cambio de modelo agrícola la decisión se inclinó hacia la sustracción de fertilizantes o tierras de algunos países por parte

de otros. Gran Bretaña fue pionera en el arrebató a escala mundial de los fertilizantes naturales.

Claro ejemplo del extractivismo de rapiña fue la extracción, por medio del trabajo forzado, del guano en las islas cercanas a las costas del Perú, desatando a nivel mundial una “fiebre del guano”.

La agricultura intensiva, al romper los ciclos biogeoquímicos, fractura la relación metabólica entre los seres humanos y la naturaleza. El metabolismo entre la naturaleza y la sociedad es independiente de cualquier forma histórica e implica el conjunto de procesos por medio de los cuales los seres humanos, organizados en sociedad, independientemente de su situación en el espacio (formación social) y en el tiempo (momento histórico), se apropian, circulan, transforman, consumen y excretan, materiales y/o energías provenientes del mundo natural.

La mecanización de las labores agrícolas vino a favorecer el crecimiento de la economía agraria en las grandes planicies de América, de Australia y del sur de Rusia donde, al disminuir la necesidad de trabajo humano y reducir los costes, las máquinas permitieron desarrollar una agricultura de nuevo tipo, conocida como *dry-farming*, una forma extensiva de cultivo, con rendimientos/ha inferiores a los que se obtenían en Europa, pero que permitía producir trigo a un costo mucho más bajo. Cuando el ferrocarril llevó el trigo de las llanuras centrales norteamericanas a los puertos del Atlántico, los barcos de vapor lo condujeron a Europa, y la disminución progresiva del coste del transporte hizo que este trigo americano llegase a los mercados europeos a precios inferiores a los del producido allí. Hacia 1885, los cuatro mayores exportadores transatlánticos (Argentina, Australia, Canadá y Estados Unidos) producían ya el 25% del trigo mundial, proporción que en 1920 ascendía a más de un 40%.

Esta extraordinaria expansión fue posible gracias a la amplia disponibilidad de tierras libres, que se daban a bajo precio a quienes deseaban colonizarlas, y a un crecimiento prodigioso de la mecanización. La agricultura iberoamericana, que había permanecido poco menos que estacionaria desde la independencia, experimentó un salto expansivo formidable a fines del siglo XIX, al integrarse en las corrientes exportadoras mundiales.

En el caso de la Argentina, el área cultivada, que había crecido a un ritmo de 30.000 Ha anuales de 1810 a 1888, lo hizo a razón de 800.000 Ha por año entre 1888 y 1910: hacia 1925 la Argentina producía el 6 % del trigo mundial, y sus exportaciones representaban el 18 % del tráfico triguero total.

Durante la etapa de *dry-farming*, las grandes potencias practicaron con los países iberoamericanos métodos de dominación neocoloniales; que condujeron a hacerlos depender de una exagerada especialización productiva y lo hicieron mediante la connivencia entre los intereses financieros extranjeros y los de los grandes propietarios de la tierra locales que los ayudó a estos últimos a adueñarse del poder político, del que se sirvieron para orientar las economías nacionales de acuerdo con sus propias conveniencias, que solían ser coincidentes con las de sus clientes extranjeros. A partir de la crisis del 30, la expansión quedó frenada y el equilibrio roto. Entonces los agricultores de Iberoamérica

cobraron conciencia de que habían enajenado su independencia económica a unos mercados exteriores sobre cuyas decisiones no podían ejercer ningún tipo de control.

Recién a mediados del siglo XX se produce una nueva transición, esta vez desde el *dry-farming* a una agricultura basada en la selección genética de nuevas variedades de cultivo de alto rendimiento, producción extensiva de gran escala, riego, uso masivo de fertilizantes químicos, pesticidas, herbicidas, tractores y otra maquinaria pesada, dando lugar, en la década de 1950 a la *Primera Revolución Verde* mediante la cual, se asiste a un proceso de modernización de la agricultura, caracterizado por el reemplazo del conocimiento empírico de los agricultores por el conocimiento tecnológico. Los agricultores pasaron a emplear un conjunto de innovaciones técnicas sin precedentes, entre ellas los agrotóxicos, los fertilizantes inorgánicos y, sobre todo, las máquinas agrícolas. Estas innovaciones reconocen dos vertientes: *tecnología mecánica y química*; y *mejoramiento genético*.

La vertiente tecnológica y química se origina al finalizar la Segunda Guerra Mundial cuando las grandes industrias, sobre todo en Estados Unidos, acumulaban innovaciones tecnológicas militares que comenzaron a convertirse rápidamente a usos civiles tales como: fabricación de tractores a partir de la experiencia en el diseño de tanques de combate; fabricación de agrotóxicos como producto colateral de una pujante industria químico-biológica dedicada a la fabricación de armas de ese tipo y tecnología nuclear en la forma de técnicas para el control de plagas mediante la esterilización de ejemplares irradiados y para la conservación de alimentos mediante la esterilización nuclear.

En cuanto a la vertiente genética su origen lo podemos rastrear en 1941 en un encuentro entre el vicepresidente de Estados Unidos, Henry Wallace,<sup>8</sup> y el presidente de la Fundación Rockefeller, Raymond Fosdick quienes pensaron que un programa de desarrollo agrícola apuntado hacia Latinoamérica en general y México en particular, tendría beneficios tanto económicos como políticos. Un año después, la fundación envió a México tres eminentes científicos en el estudio de plantas. En 1943 la Fundación Rockefeller inició su Programa Mexicano de Agricultura, concentrado principalmente en el mejoramiento de maíz y trigo. La Fundación Rockefeller fue crucial para el establecimiento en México, en 1943, del Centro Internacional del Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT), considerado como el más importante centro de investigación de maíz y trigo en el mundo.

En la década de 1960 y como fruto de los trabajos de investigación iniciados en 1945 en México, Norman Borlaug logra introducir semillas híbridas en la producción agrícola, que, sumado a la tecnificación y uso intensivo de agroquímicos, inicia la agricultura moderna con significativos aumentos en la productividad agrícola.

En 1947, la gigantesca empresa en el mercado de granos, Cargill, inició la producción de maíz híbrido en Argentina.

---

<sup>8</sup> Antes de ser vicepresidente, Wallace había sido secretario de agricultura y, antes de esto, tuvo un importante puesto y fue fundador de la principal empresa de maíz híbrido en Estados Unidos: *Pioneer Hi-Breed*.



La Fundación Rockefeller, la Fundación Ford, la Fundación Kellogg's y Cargill entre otras se encargan de difundir el nuevo modelo agrícola a todo el mundo en desarrollo. Theodore Schultz — autor estadounidense conocido como uno de los ideólogos de la revolución verde — en su libro *Transformando la agricultura tradicional*, enfatizaba que el agrónomo era una persona que iba a civilizar al sujeto de pies descalzos, al bárbaro que se encontraba en íntimo contacto con la naturaleza, pero sometido a ella.

Para la producción la *Primer Revolución Verde* ofreció semillas de alta productividad que, en condiciones ideales y con grandes cantidades de fertilizantes y agrotóxicos podían garantizar una muy alta productividad. Para los trabajadores rurales ha significado sueldos miserables, desempleo y migración. Para los pequeños propietarios, aumento en las deudas para la obtención de insumos y aumento de la pobreza.

Con el desarrollo de la biotecnología y la ingeniería genética, en la década de 1970, comienza a configurarse un modelo de producción agrícola que, en la década de 1990, origina una *Segunda Revolución Verde* o como algunos autores consideran: *una revolución dentro de la revolución*. En este caso el modelo se basa en el desarrollo de la biotecnología y la ingeniería genética para la creación de los llamados Organismos Genéticamente Modificados que, tras dos décadas de ensayos, en 1995, se introducen por primera vez en el mercado agrícola, registrándose a partir de entonces, un crecimiento exponencial de la superficie con monocultivos de variedades transgénicas, cuya liberaciones conlleva riesgos y constituye un acto de contaminación genética del ambiente. El modelo incluye el cultivo en monoculturas extensivas de gran escala, mediante un nuevo paquete tecnológico integrado por el empleo conjunto de: variedades transgénicas de alto rendimiento; agroquímicos; mecanización y despliegue intensivo de energía, capital y tecnologías agrícolas. La aplicación de este modelo redundó en aumentos de producción, significativos incrementos en la rentabilidad económica de los productores y un intenso proceso de concentración de la producción en: muy pocos países; muy pocas especies y muy pocas empresas hegemonizando el mercado mundial de semillas, de agroquímicos y de biotecnología. Esta inédita concentración del poder -por sí sola- torna al actual modelo agroindustrial en una grave amenaza para la seguridad alimentaria.

### *El insostenible modelo agroindustrial*



Un gran productor sojero de Argentina, Grobocopatel ha afirmado que: *hay que permitir que algunos sectores desaparezcan*.

En algún sentido tiene mucha razón. Habría que permitir que aquellos sectores de la producción que resulten insostenibles desaparezcan. Sectores de la producción que no podrían existir sin el aporte energético de los menguantes combustibles fósiles; sectores de la producción que requieren de diez veces más Kcal que ingresan al sistema de producción que las Kcal obtenidas en su producto final; sectores de la producción que impactan en forma irreversible sobre la diversidad biológica; que hacen un despilfarro del agua; que generan migraciones de las comunidades locales e indígenas; que envenenan con sus insumos químicos; que conciben sus sistemas de producción como una guerra bioquímica contra la naturaleza, esos sectores, indudablemente, deben desaparecer.

Aquellos sectores de la producción que no pueden reducir a cero sus intervenciones acumulativas y daños irreversibles; sectores cuyas tasas de recolección de los recursos renovables son mayores a las tasas de regeneración de estos recursos; sectores que explotan recursos naturales no renovables, a una tasa de vaciado mayor a la tasa de creación de sustitutos renovables y sectores que emiten residuos a tasas mayores a las capacidades naturales de asimilación de los ecosistemas a los que se emiten esos residuos, son sectores que, indudablemente, deben desaparecer.

Se trata de sectores de la producción que nos hacen ir a contramano del verdadero progreso y por eso deben desaparecer para dar lugar a modelos de producción que sean intensivos en conocimientos, trabajo y diversidad; basados en imitar muchas de las estrategias que utiliza la naturaleza para dar estabilidad a los sistemas (en lugar de contrariarlas), un modelo de producción que no requiera del empleo de insumos externos al ecosistema y que, en definitiva, sea realmente sostenible.

En consecuencia, aun cuando Grobocopatel no haya pensado en la agroindustria cuando propuso que algunos sectores de la producción desaparezcan, es justamente la agroindustria el ejemplo paradigmático de un sector que debería desaparecer, dejando lugar a nuevas y verdaderamente sostenibles formas de producir alimentos.

En Latinoamérica, el actual modelo extractivo-exportador es heredero de la economía de rapiña que se gestó en los siglos XVI y XVII, cuando se confirió prioridad existencial a la conquista de la naturaleza y a la expansión económica y geográfica, cuando las potencias coloniales desplegaron un colosal mecanismo centrípeto de redistribución de recursos al que hoy conocemos como *extractivismo*.

En la actualidad, los países latinoamericanos siguen mostrando una muy alta dependencia de la exportación de materias primas,<sup>9</sup> fundamentalmente originadas en la minería a cielo abierto, la extracción de combustibles fósiles y las monoculturas de exportación.

Estas monoculturas de exportación y su modelo agroexportador emergen como lógica consecuencia de una superideología que se encuentra en el corazón mismo de nuestra civilización industrial: el *productivismo*.

Ha sido la lógica productivista la que ha estado presente en el nacimiento de la agricultura intensiva, en su transformación hacia el *dry-farming*, en la revolución verde y en el actual modelo agroindustrial de monoculturas transgénicas y es el pensamiento económico de la corriente principal el que valida su adopción y expansión.

Este pensamiento económico, desafiando toda lógica, considera que los recursos -en lo que se refiere a materiales y energía- son inagotables bajo el supuesto de la sustitución sin fin entre las diferentes formas de capital,<sup>10</sup> lo que conduce a sostener que el crecimiento de la economía puede ser infinito sin dejar espacio para preguntarnos qué y para qué producir o para pensar si el crecimiento respeta la reproducción social y ambiental.

De esta forma se fue forjando un paradigma económico capaz de justificar el modo de intervención del hombre en los entornos naturales, la forma de apropiación de los recursos naturales y los modos de producción y consumo. Se instaló así un modelo económico caracterizado por una constante necesidad de crecimiento cuantitativo, totalmente desvinculado de sus consecuencias ecosociales. Un modelo, cuyas demandas siempre superan los rendimientos sostenibles de los ecosistemas y su capacidad de asimilar diferentes formas de contaminación y que, al consumir su dotación de capital natural, inevitablemente está llamado a destruir sus propios sistemas de apoyo. Lejos de valorar al

---

<sup>9</sup> En: <http://www.elfinanciero.com.mx/rankings/las-10-mayores-economias-latinoamerica-y-su-sensibilidad-a-las-materias-materias-primas>

<sup>10</sup> Solow, R., en *Intergenerational equity and exhaustible resources* afirma que: *El mundo puede continuar de hecho sin recursos naturales, de manera que el agotamiento de recursos es una de aquellas cosas que pasan, pero que no es una catástrofe.*

capital natural el modelo conduce a su liquidación impulsado por las inevitables consecuencias de la aplicación de principios básicos del paradigma dominante.<sup>11</sup>

Las ideas que condujeron a la adopción y expansión del modelo agroindustrial surgen de un pensamiento económico productivista caracterizado por la ilusión neolítica de un planeta inagotable, por ignorar la dimensión ambiental o, en el caso de considerarla, optar siempre por sacrificarla en aras del crecimiento económico, asumiendo a las externalidades de la agroindustria como costo inevitable de nuestro proceso de desarrollo.

### Criterios de sostenibilidad

Herman Daly,<sup>12</sup> afirma que para tornar operativa la definición de desarrollo sostenible, entre otros criterios, se deben:

- reducir a cero las intervenciones acumulativas y los daños irreversibles;
- las tasas de recolección de los recursos renovables deben ser iguales o menores a las tasas de regeneración de estos recursos;
- en la explotación de recursos naturales no renovables, su tasa de vaciado debe ser igual a la tasa de creación de sustitutos renovables; y
- las tasas de emisión de residuos deben ser iguales a las capacidades naturales de asimilación de los ecosistemas a los que se emiten esos residuos.

Analicemos entonces cada uno de estos criterios operativos para el caso del modelo agroindustrial.

### Explotación de recursos naturales no renovables



En lo que hace a la explotación de recursos naturales no renovables a tasas de vaciado iguales a la tasa de creación de sustitutos renovables, la agroindustria muestra un consumo de petróleo de tal magnitud que, si se generalizara la dieta y la tecnología alimenticia de Estados Unidos al conjunto de la población mundial y el petróleo sólo se destinara a este fin, las reservas mundiales se agotarían en tan solo 12 años.<sup>13</sup>

Este irracional consumo energético queda en evidencia en el *transumo*

<sup>11</sup> A manera de ejemplo se puede mencionar la "Teoría del Valor" según la cual solo lo escaso tiene valor económico. Como lógica consecuencia, ella directamente conduce al "Principio de la escasez" por el cual la demanda de los individuos en cuanto a bienes siempre debe superar la oferta disponible de estos. Principio que modeló la "Ideología de la escasez" que incluye en su modelación de la realidad sólo lo escaso, excluye de la realidad lo no escaso y genera amplias zonas de invisibilidad, con lo cual su acción es la de colonizar lo abundante transformándolo en escaso, haciéndolo así económicamente visible.

<sup>12</sup> Daly, H. E. (2007). "Criterios operativos para el desarrollo sostenible". En: [https://dfedericos.files.wordpress.com/2013/01/ok\\_criterios\\_operativos\\_para\\_el\\_desarrollo\\_sostenible\\_daly1.pdf](https://dfedericos.files.wordpress.com/2013/01/ok_criterios_operativos_para_el_desarrollo_sostenible_daly1.pdf)

<sup>13</sup> Citado por Jorge Riechmann en "Desarrollo Sostenible: la lucha por la interpretación". En: <http://www.istas.ccoo.es/descargas/desost.pdf>

(*throughput* o trasiego) de energía y materiales a través del sistema productivo agroindustrial.

Óscar Carpintero y José Manuel Naredo,<sup>14</sup> mencionan que:

La agricultura pasó de apoyarse fundamentalmente en un flujo de energía renovable a transformarse en una actividad productiva muy exigente en combustibles fósiles y recursos no renovables. Y eran esos requerimientos energéticos tan potentes (fertilizantes, combustibles, maquinaria...) los que hacían del conjunto de la actividad agraria un proceso energéticamente deficitario, es decir, que exigía un aporte de kilocalorías superior al que posteriormente se obtenía en forma de alimentos.

En la agroindustria más del 95% de las entradas energéticas externas proviene de la quema de combustibles fósiles o de productos derivados de los mismos, registrando un balance deficitario en términos energéticos.

El sistema agroalimentario estadounidense, tomado en conjunto, funciona con rendimiento 1:10 (para poner una caloría sobre la mesa se invierten diez calorías petrolíferas), y en el cultivo de verduras de invernadero durante el invierno llegan a alcanzarse valores tan disparatados como 1:575.<sup>15</sup>

En contraste, los sistemas agrícolas más pequeños, menos mecanizados, propios de las prácticas agroecológicas producen más calorías de alimento por caloría de energía que se gasta en el proceso, llegando a alcanzar rendimientos de 50:1, es decir que se llegaban a obtener 50 calorías de alimentos por cada unidad de caloría externa distinta a la solar.

Vemos entonces que el modelo agroindustrial entrega menos calorías alimentarias que las que entran en el sistema productivo y que resulta inviable sin el aporte energético del petróleo.

Bien lo describe Joaquín Sempre,<sup>16</sup> cuando afirma que:

...la agricultura industrial moderna es un procedimiento que convierte energía fósil no comestible en energía comestible. Nos estamos alimentando, pues, de una manera insostenible, y cualquier episodio de escasez de energía —sobre todo si no es coyuntural, sino que responde a situaciones básicas— puede llevarnos al hambre.

<sup>14</sup> Carpintero, O. y Naredo, J.M. 82006). "Sobre la evolución de los balances energéticos de la agricultura española, 1950-2000", Historia Agraria Nº 40

<sup>15</sup> Riechmann, J. (2018). "Alimentar a la población humana en el siglo XXI". En: <http://istas.net/descargas/Alimentar%20a%20la%20poblaci%C3%B3n%20humana%20en%20el%20siglo%20XXI.pdf>

<sup>16</sup> Sempre, J. (2013). "Alternativas a la crisis. ¿Cómo afrontar la futura escasez de energía?" En: <http://www.espai-marx.net/es?id=7948>

No obstante, el balance energético de los sistemas de producción ha sido absolutamente ignorado bajo la idea de que podemos crecer indefinidamente, convencidos que los límites biofísicos pueden ser siempre superados con la infalible combinación de tecnología y mercados.

Según Kenneth E. Boulding:<sup>17</sup>

La agricultura [...] usa el ingreso energético disponible en la actualidad. En las sociedades avanzadas esto se complementa muy extensamente por el uso de combustibles fósiles, los que representan, por así decirlo, un acervo de capital de luz solar almacenada. Gracias a este acervo de capital de energía, hemos podido mantener un insumo de energía en el sistema, sobre todo durante los dos últimos siglos, mucho mayor que el que podríamos haber mantenido con las técnicas existentes si hubiésemos debido recurrir al insumo corriente de la energía disponible del Sol o de la Tierra misma. Pero este insumo complementario es no renovable por su propia naturaleza.

Es el modelo energético fosilista el que hizo posible la existencia de la agroindustria tal como hoy la conocemos y, en consecuencia, resulta aquí importante detenernos para analizar este modelo energético en tanto existe sobrada evidencia que nos indica que el mismo está llegando a su fin.

Desde el Neolítico hasta la Primera Revolución Industrial, la producción de energía por persona y por año promedió 0,5 barriles de equivalente petróleo (BEP), pero a partir de la Primera Revolución Industrial ese valor trepó en nada de tiempo hasta alcanzar los 12 BEP/persona/año. Un salto gigantesco, único e irrepetible, a partir del que nos convertimos en una “sociedad fosilista”.

Han sido los combustibles fósiles, responsable del 80% de la energía primaria empleada en el mundo, los que hicieron posible el nacimiento y desarrollo de la sociedad industrial; los que nos colocaron en la senda del crecimiento exponencial de la economía, de la población y también del deterioro ambiental.

Pero lo cierto es que el modelo energético industrial avanzado, que ha posibilitado alcanzar objetivos económicos, sociales y científicos jamás imaginados resulta -como hemos visto en el Capítulo VI- enormemente frágil, en tanto toda nuestra tecnología y nuestro modo de vida actual descansan sobre fuentes de energía agotables.

Hasta aquí se centró el análisis sobre la crisis del modelo energético fosilista, por haberse aproximado a tasas de retorno energético sumamente bajas, pero no menos importante resulta haber sobrepasado la capacidad de los sumideros naturales de los gases efecto invernadero conduciéndonos a un calentamiento antropogénico del planeta, que exige una drástica reducción en el uso de combustibles fósiles.

---

<sup>17</sup> Boulding, K. (1966). “*The Economics of the Coming Spaceship Earth*”



En conjunto, cenit del petróleo y la obligada descarbonización de nuestra economía, marcan el cenit de la energía total y el fin de nuestra sociedad fosilista y con ella, obviamente también, el fin de la agroindustria.

Es la fragilidad del modelo energético la que torna extremadamente frágil al modelo agroindustrial, poniendo en cuestión la seguridad alimentaria, convirtiendo en amenaza lo que hasta ahora considerábamos la forma más eficiente y eficaz para la producción de alimentos.

Pero, además del balance energético, la fragilidad e insostenibilidad del modelo agroindustrial queda definida por otras características que le son inherentes, tales como la extrema uniformidad de las monoculturas transgénicas, que no solamente torna altamente vulnerable al modelo frente a plagas y enfermedades sino también frente a los cada vez más frecuentes e intensos impactos del cambio climático.

A manera de ejemplo del impacto del cambio climático sobre la producción de alimentos vale mencionar la ola de calor que se centró en Moscú a mediados de 2010,<sup>18</sup> ocasionando una reducción del 40% en el volumen de su cosecha de cereales, lo cual llevó al gobierno ruso a prohibir las exportaciones de granos, determinando que el precio mundial del trigo subiera un 60%. Pensemos que hubiera acontecido si en lugar de Moscú, la ola de calor se hubiera presentado en la zona cerealera de EE. UU., donde anualmente se producen 400 millones de toneladas. Una caída del 40% en la cosecha haría caer las existencias mundiales remanentes de cereales para 2011 a 52 días de consumo –el nivel más bajo de la historia– muy por debajo de los 62 días que llevaron a triplicar los precios mundiales de cereales en 2007-08. Fácil es imaginar que nos encaminaríamos a una situación de creciente inestabilidad social, política y económica de impredecibles consecuencias.

Sumado a todo lo anterior, la pérdida de biodiversidad funcional ha redundado en crecientes pérdidas de estabilidad de los propios agro-ecosistemas.

No menos importantes resultan las externalidades del modelo agroindustrial que van desde diferentes y graves formas de contaminación, deforestación y ruptura de ciclos naturales vitales, que en este último caso definen la fractura en la relación metabólica establecida entre los seres humanos y la naturaleza, hasta la profundización de desigualdades sociales propias de un modelo que agudiza la situación de marginación al enfrentar a las comunidades locales e indígenas a una degradación cada vez mayor de su ambiente natural, redundando en el aumento de la pobreza, el éxodo rural, una mayor vulnerabilidad a las crisis alimentarias, así como el aumento de la frecuencia de los conflictos políticos y sociales por recursos escasos.

La lógica económica inherente al modelo agroindustrial lleva –inevitablemente– a la concentración productiva, con desplazamientos de los productores de pequeña y mediana escala que van dando paso a la gran industria del campo, integrada a los agronegocios y a

---

<sup>18</sup> A mediados de 2010, con 14 grados por encima de la temperatura normal, se hizo presente el calor más intenso en los últimos 130 años en Moscú, desatando un caos en el que se perdieron 56.000 vidas, acarreando costos económicos superiores a los USD 300 mil millones.

las cadenas de exportación. Esa misma lógica conduce a la sobreexplotación del capital natural, con repercusiones a largo plazo para el ambiente, que son absolutamente ignoradas. Los enormes beneficios económicos que genera el modelo raramente quedan en la región que los origina y por tratarse de sistemas de producción altamente mecanizados y automatizados, requieren una fuerza de trabajo pequeña, perdiendo así su legitimación social como fuentes generadoras de empleo.

En definitiva y tal como lo sostiene Jorge Riechmann:<sup>19</sup>

El actual sistema de agricultura industrial —que a escala mundial prevalece frente a la agricultura campesina, y se presenta a sí mismo como perfección de progreso— es un disparate en términos sociales, ecológicos, económicos y éticos...Mientras sigamos comiéndonos la Tierra en lugar de comer de la tierra, devorando petróleo en lugar de alimentarnos con la luz del sol, produciendo y extrayendo sin preocuparnos de cerrar los ciclos de materiales, el aceleradísimo declive de la biosfera que impulsamos en la actualidad se agravará sin freno.

#### Daños irreversibles



Las políticas de asignación de usos del suelo, motorizadas por la excluyente valorización de la tierra como factor de producción agroexportadora son las que definieron una relación crecientemente antagónica con las masas forestales nativas, prevaleciendo los horizontes políticos, económicos y sociales de corto plazo frente a las consecuencias de la deforestación que se tornan más graves en el horizonte de largo plazo.

Impulsadas por esta lógica, a principios de la década del año 2000, la Argentina ingresó en un pulso de deforestación favorecido por la adopción de una estrategia agroindustrial que motivó uno de los más acelerados procesos de transformación de las masas forestales nativas en la historia del país. En el siguiente capítulo: *La Argentina Deforestada*, nos detendremos en la historia y avance del proceso deforestador en Argentina.

El significativo aumento en los precios internacionales de los granos sirvió de aliciente para el aumento de la producción agrícola, la que basada en el empleo de un sofisticado paquete tecnológico logró aumentar los rendimientos, permitiendo además la expansión de la frontera agrícola hacia regiones marginales.

El objetivo de aumentar la producción de cereales y oleaginosas requiere del incremento de la frecuencia de las cosechas (a menudo mediante el regadío); del aumento de los rendimientos o de la expansión del área sembrada.

<sup>19</sup> Riechmann, J. (2003). "Cuidar la T(t)ierra. Políticas agrarias y alimentarias sostenibles para entrar en el siglo XXI". Icaria Editorial

No nos detendremos en la primera opción, en tanto, como fruto de sobreexplotación, contaminación, creciente uso de agua en los grandes conglomerados urbanos y efectos combinados del cambio climático global, nos enfrentaremos en forma creciente a un escenario de disminución de mantos acuíferos y exceso de extracción de agua de los ríos que limitará la ampliación de áreas bajo riego, razón por la cual nos centraremos aquí en el análisis del potencial de aumento de rendimientos y la expansión del área de cultivo.

El rinde – toneladas de granos que se cosechan por hectárea – se puede mejorar como fruto del desarrollo científico y tecnológico, como así también mediante el cambio de las proporciones relativas en las que participan los diferentes cereales y oleaginosas en la cosecha total.

Analicemos primero este último caso tomando como ejemplo lo que acontece en Argentina donde resulta hegemónica la participación de la soja en la cosecha total. Obviamente, el desplazamiento de la soja por otro cultivo de mayor rinde por hectárea, como es el caso del maíz, redundaría en un aumento en la producción total sin modificación significativa en cuanto a las áreas sembradas/cosechadas.

Tomemos como ejemplo el *Plan Estratégico Agroalimentario* que, según los anuncios efectuados en septiembre de 2010, proponía alcanzar una producción de 148 millones de toneladas de granos en seis años, con un incremento en la superficie cosechada del 20 por ciento (equivalente a un aumento de 5.200.000 ha) y una disminución relativa de la superficie cultivada de soja y un aumento del maíz.

Considerando que el rinde promedio de los diez últimos años del maíz fue de 6,544 tn/ha, un 148% superior al valor promedio de 2,645 tn/ha para la soja, alcanzar las 150 millones de toneladas de cereales y oleaginosas, cumpliendo con los supuestos de la propuesta, implica aumentar en un 544% el área sembrada con maíz, pasando de las 2.640.000 ha cosechadas (promedio de los últimos diez años) a 17.000.000 ha, mientras que el área sembrada con soja debe caer un 60%, de las 14.400.000 ha promedio a no más de 5.000.000 ha.

La estrategia adoptada, al reemplazar una monocultura por otra, no resuelve los múltiples problemas asociados a esta práctica agrícola y, por otro lado, el éxito de la iniciativa depende de lograr que, en el corto plazo, los productores desplacen drásticamente a la soja de su interés, lo cual no parece tarea simple.

Lo anterior nos lleva a preguntarnos qué podría ocurrir si la estrategia no rinde sus frutos y si se intenta cumplir con el objetivo total de cosecha (150 millones de toneladas) sin grandes modificaciones en las participaciones relativas de los cultivos agrícolas tradicionales.

Podemos entonces ahora preguntarnos si resultará posible alcanzar una cosecha de 150 millones de toneladas sin aumentar el área sembrada actual.

Según los datos disponibles,<sup>20</sup> a valores promedio correspondientes a la última década, sería necesario que el rendimiento por hectárea creciera en un 74%, pasando de 2,988 tn/ha a 5,188 tn/ha. Téngase en claro que estamos hablando de rendimiento “promedio” del total de cereales y oleaginosas que integran la producción en Argentina.<sup>21</sup>

En relación con la evolución de los rindes agrícolas a nivel mundial, a la experiencia en nuestro país y a un escenario de aumento de los precios del petróleo y condiciones ambientales poco propicias (erosión, desertificación, escasez de agua, cambio climático) un crecimiento del rendimiento de tal magnitud parece muy poco probable.

A nivel mundial, el aumento de la productividad de los suelos agrícolas cayó de 2,1% al año entre 1950 y 1990; al 1,3% anual desde 1990 hasta 2008. Los avances científicos son cada vez más difíciles de conseguir ya que los rendimientos de los cultivos se acercan a los límites inherentes a la eficiencia fotosintética. Este límite, a su vez, establece los límites superiores de la productividad biológica de la tierra, lo que finalmente regula la capacidad humana para su realización.

En contraste con lo anterior, en Argentina se lograron notables avances en lo que hace al aumento de los rendimientos. En la década de 1990, en nuestro país, el rinde promedio por hectárea alcanzó las 2,535 tn/ha, mientras que, en la década del 2000, ese promedio creció un 17,89%, alcanzando las 2,988 tn/ha. Ello obedeció en gran medida al rezago tecnológico y desinversión que caracterizaban al sector agrícola en los años 90 frente al impulso que significó salir de la convertibilidad coincidentemente con una coyuntura internacional de grandes aumentos de precios de las *commodities* agrícolas, todo lo cual redundó en un acelerado proceso de tecnificación.

De lo anterior se desprende que difícilmente se pueda replicar la tasa de crecimiento de los rindes experimentada en la década de 2000, más cuando se deberán enfrentar los inevitables aumentos de precio del petróleo, insumo básico para una agricultura tecnificada.

Es entonces que una proyección optimista sería la de imaginar que el crecimiento de los rindes antes señalado (17,89%), se mantiene como incremento para el rinde promedio correspondiente a la década de 2010, lo cual supone alcanzar un valor promedio de 3,522 tn/ha.

A tales rindes, no resulta posible alcanzar una producción total de 150 millones de toneladas sin un aumento del área sembrada.

Para alcanzar el objetivo establecido, con un rinde promedio de 3,522 tn/ha, resultará necesario cosechar 42.589.438 ha o, de acuerdo con la relación promedio establecida entre área sembrada y área cosechada, se requerirá sembrar en total 48 millones de hectáreas.

---

<sup>20</sup> Indicadores agrícolas del Instituto de Estudios Económicos de la Sociedad Rural Argentina.

<sup>21</sup> Trigo, maíz, avena, cebada, centeno, sorgo, arroz, alpiste, mijo, girasol, lino, maní y soja.

Considerando los datos correspondientes a los últimos 10 años, el área media sembrada fue de 28 millones de hectáreas, por lo que se requerirá sembrar 20.000.000 ha adicionales.

Hemos visto que, según el Plan Estratégico Agroalimentario, se estimaba un aumento de un 20% en el área sembrada – aproximadamente 5 millones de hectáreas – y según el negocio como de costumbre, el aumento del área sembrada podría alcanzar un 70%. Cabe entonces preguntarse cómo se podrán sumar entre 5 y 20 millones de hectáreas al área sembrada sin hacerlo a expensas de ecosistemas vitales, como, por ejemplo, nuestros bosques y humedales.

En los últimos años, de la mano de la monocultura sojera, la frontera agropecuaria avanzó fundamentalmente en dos regiones: en el NEA, donde el área sembrada aumentó, entre las campañas 1997/98 y 2004/05, en un 417%, y el NOA donde para similar periodo, el aumento fue de un 220%.

Dos regiones que albergan al Parque Chaqueño y las Yungas que, según datos del Primer Inventario Nacional de Bosques Nativos, basado en imágenes Landsat 5 TM (años 1998/1999) y Spot (año 1995) contenían unas 25 millones de hectáreas de tierras forestales, el 80% de los bosques nativos remanentes de nuestro país. Obviamente, esas tierras fueron sometidas a intensos procesos de deforestación durante la década del año 2000, tal como surge del trabajo realizado por la Dirección de Bosques de la SAyDS: *“Pérdida de Bosque Nativo en el Norte de Argentina”*. El área de estudio abarcó aquellas zonas que habían sido afectadas fuertemente por el proceso de deforestación localizadas en las provincias de Chaco, Santiago del Estero, Salta y una pequeña porción de Jujuy, la evaluación definió que el área deforestada entre 1998 y 2008 alcanzó 1.700.000 ha, parte de ella se concretó incluso durante el periodo de prohibición de desmontes establecido por la ley nacional 26.331 de presupuestos mínimos de protección ambiental de los bosques nativos.

Como vemos, las hectáreas adicionales que se requiere sembrar para alcanzar una cosecha de 150 millones de toneladas de granos varían entre el 25% y el 100% de los bosques nativos remanentes en la zona de expansión de la frontera agropecuaria.

Resulta importante aquí analizar dos síndromes de insostenibilidad: el síndrome de “agriculturización” y el “pamphúmedo”.

Las evidencias indican que, en Argentina, el “acoplamiento” existente entre los aumentos de producción agrícola y los aumentos del área sembrada/cosechada se manifiestan con la expansión de la frontera agrícola en dos escenarios preferenciales: noroeste (NOA) y al noreste argentino (NEA).

Me propongo aquí demostrar la existencia de un “síndrome de insostenibilidad”, el síndrome *“Pamphúmedo”*, emergente a partir del traslado del modelo pampeano a otras regiones caracterizadas por su fragilidad ambiental y su vulnerabilidad socio-económica.

Debo aclarar que la identificación de la problemática descripta -la exportación del modelo agrícola pampeano a las regiones marginales- no resulta novedosa y solo lo es en cuanto al

enfoque aquí presentado, a saber, su caracterización como síndrome de sostenibilidad o mejor, de insostenibilidad.

La metodología de los “*Síndromes de Cambio Global y de Sostenibilidad*” fue desarrollada por el *Potsdam Institute for Climate Impact Research* para el Consejo Consultivo Alemán sobre Cambio Global y se basó en considerar que las interacciones entre las sociedades humanas y el ambiente frecuentemente operan siguiendo patrones típicos, patrones funcionales (síndromes) de interacciones socio-ambientales que hasta cierto punto resultan repetibles. La tesis subyacente en esta particular visión es que los complejos problemas globales del ambiente y el desarrollo se pueden atribuir a un número discreto de patrones de degradación del ambiente.

El conjunto de amenazas – presentes en el proceso de desarrollo – a la integridad, productividad y capacidad de adaptación de los sistemas de apoyo vital, tanto naturales como sociales pueden entonces visualizarse como un conjunto sintomático que por sus características posee cierta identidad, un grupo significativo de síntomas y signos que concurren en tiempo y forma, por variadas causas, para llevar el proceso de desarrollo hacia un curso insostenible.

Así visualizado, el problema de la insostenibilidad puede asimilarse a un “síndrome” tal como se lo emplea en medicina, el cual resulta “plurietiológico”, demandando por lo tanto el análisis de sus manifestaciones semiológicas y de sus modelos causales.

Para el caso de Argentina, Rabinovich y Torres,<sup>22</sup> han desarrollado cuatro síndromes específicos: *Patagonia*; *Carpincho*; *Trinquete* y *Agriculturización*.

El último de los mencionados, el *Síndrome de Agriculturización*, se centra en la Pampa Húmeda y los autores lo han enfocado esencialmente en los cambios de uso del suelo que operan en esa región destinados a aumentar la producción de cultivos para la exportación a expensas de los usos ganaderos, lo cual se manifiesta en el cambio de la proporción del uso agrícola y ganadero de sus tierras. Tales cultivos se encuentran asociados a tecnologías de insumos y a la concentración de los recursos productivos, que llevan a una mayor degradación y contaminación del ambiente, y a la exclusión social de productores con menores recursos.

De acuerdo con lo anterior, el síndrome “*pamphúmedo*” se asemeja al de “*agriculturización*” solo que su efecto es interregional y sus consecuencias son más graves en términos sociales, ambientales y económicos.

En el síndrome “*pamphúmedo*”, al igual que en el de agriculturización, operan causas esenciales que Rabinovich y Torres identifican como: las tecnologías (de insumos y de procesos), la concentración productiva y los cambios en el uso de la tierra. Pero en el Pamphúmedo, el cambio de usos del suelo no solo se manifiesta por cambios en la proporción de agricultura y ganadería, sino que, además, se verifica un masivo proceso de conversión de usos del suelo, principalmente en la forma de deforestación. A ello se debe

---

<sup>22</sup> Rabinovich, J. E. y F. Torres. 2004. Caracterización de los síndromes de sostenibilidad del desarrollo: El caso de Argentina. Serie Seminarios y Conferencias. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Documento LC/L.2155-P. Santiago, Chile. 97 págs.



agregar la vulnerabilidad socioeconómica que caracteriza a las regiones donde se registra el avance de la frontera agrícola que queda reflejada por los indicadores sociales más desfavorables del país.

El creciente aumento en los precios internacionales de los granos, impulsado como resultado de las tendencias no resueltas de limitación de la oferta,<sup>23</sup> y crecimiento de la demanda,<sup>24</sup> sirvieron de aliciente para el aumento en la producción agrícola. En el caso de Argentina, ese aumento se basó en la intensificación de un paquete tecnológico integrado por el empleo conjunto de variedades de alto rendimiento (fundamentalmente transgénicos), agroquímicos y mecanización, que forman la base de la moderna producción agroindustrial. Si bien ello redundó en el aumento de los rendimientos, por sobre todas las cosas, facilitó la expansión de la frontera agrícola hacia regiones marginales extra pampeanas en las que las condiciones naturales del ambiente restringen el uso agrícola.

El síndrome “pamphúmedo”, se manifiesta como un síndrome de “sobreexplotación” e implica una sistemática violación a las leyes de la sostenibilidad.

Su desarrollo llevó a la degradación e incluso destrucción de los ecosistemas naturales en las áreas de expansión de la frontera agrícola. La deforestación, el sobrelaboreo y sobrepastoreo que le son inherentes, llevaron a la degradación de los suelos, al avance de la desertificación y a la pérdida de la diversidad biológica en todos sus niveles. Como así también, condujeron al aumento de las concentraciones de plaguicidas en la cadena alimentaria.

Mediante la importación de un modelo basado en el despliegue intensivo de energía, capital y tecnologías agrícolas, no solo se impactó sobre la base natural de la producción, sino también en la estructura social, en tanto se importaron métodos de producción ajenos a la región que profundizaron la situación de marginación al enfrentar a las comunidades locales y aborígenes a una degradación cada vez mayor de su ambiente natural. Ello redundó en el aumento de la pobreza, el éxodo rural, una mayor vulnerabilidad a las crisis alimentarias, así como el aumento de la frecuencia de los conflictos políticos y sociales por los recursos escasos.

Un factor externo que aumenta la virulencia del síndrome “*pamphúmedo*” lo constituyen las políticas proteccionistas y los altos subsidios de energía, materias primas y otros aprovisionamientos por parte de los países desarrollados que agudiza la sobreexplotación en los países del sur global y conduce a una inadecuada internalización de los efectos ambientales.

La propagación del síndrome “*pamphúmedo*” se encuentra unida al éxito económico y comercial, que a su vez depende de la combinación adecuada de capital, conocimientos

---

<sup>23</sup> Las tres principales tendencias que impulsan el consumo de alimentos han sido y son: el creciente consumo de proteína animal a base de cereales, el crecimiento de la población y el creciente empleo de granos para la producción de biocombustibles.

<sup>24</sup> Entre las tendencias que limitan la oferta de alimentos se encuentran la erosión de los suelos y la expansión de los desiertos; la sobreexplotación de acuíferos; las caídas de las cosechas por el aumento de olas de calor; el derretimiento de glaciares de montaña que alimentan los principales ríos y sistemas de riego; la pérdida de tierras de cultivo por usos no agrícolas; la reducción y encarecimiento de los suministros derivados del petróleo.

técnicos y apoyo político. Este último factor no resulta menor y ha encontrado un importante aliado en las estrategias extractivistas o mejor, “neo-extractivistas”, según la visión de Gudynas,<sup>25</sup> quien destaca que:

Un hecho notable es que a pesar... de la creciente evidencia de su limitada contribución a un genuino desarrollo nacional, el extractivismo goza de buena salud. Las exportaciones de minerales y petróleo mantienen un ritmo creciente, y los gobiernos insisten en concebirlas como los motores del crecimiento económico. Es todavía más llamativo que eso se repite en los gobiernos progresistas y de izquierda. En efecto, varios de ellos son activos promotores del extractivismo, y lo hacen de las más diversas maneras, desde reformas normativas a subsidios financieros. No sólo esto, sino que han generado una versión de agricultura basada en monocultivos y orientada a la exportación, que termina resultando ser una nueva [versión] de extractivismo.

En *Primera Estimación del Pasivo Socio-ambiental de la Expansión del Monocultivo de Soja en Argentina*,<sup>26</sup> se analiza el impacto económico del extractivismo agrícola que se manifiesta con un particular tipo de pasivo que raras veces es contabilizado y que equivale a la suma de todos los daños no compensados producidos en forma directa e indirecta por las actividades productivas a las comunidades locales o a la sociedad en general y al ambiente; como así también, el valor de los servicios recibidos del ambiente, que hacen posible las actividades productivas y que no son compensados o contabilizados como costos de producción. El pasivo ambiental es en realidad una deuda hacia los titulares del ambiente, hacia la comunidad o país en su conjunto. En el trabajo arriba mencionado, se ha determinado que, computando deforestación, pérdida del servicio ambiental de secuestro y almacenamiento de carbono, erosión de suelos y exportación de nutrientes, el pasivo ambiental del monocultivo de soja en Argentina para la Campaña 2007/2008 totalizó aproximadamente 4500 millones de dólares.

El gran desafío que tenemos por delante es el de sobreponernos al síndrome “*pamphúmedo*” para lo cual tendremos que abandonar la cultura extractivista de muy negativas repercusiones socio-ambientales y económicas, tal como lo demuestra la larga experiencia regional en la materia, que solo sirvió a una inserción internacional subordinada y funcional al modelo comercial y financiero hegemónico, prácticas que solo se volcaron a la maximización de la renta para pocos y la externalización de impactos sociales y ambientales para muchos.

Entre 1990 y 1996, con unas 20 millones de hectáreas, el área cultivada con cereales y oleaginosas en Argentina se mantuvo estable, no llegando a superar el área cultivada de 1914. Fue recién a finales de la década del año 1990 cuando se registró un salto

---

<sup>25</sup> Gudynas, E. (2009). “Diez Tesis Urgentes sobre el Nuevo Extractivismo: Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual”, documento electrónico:  
<http://www.gudynas.com/publicaciones/GudynasNuevoExtractivismo10Tesis09x2.pdf>

<sup>26</sup> Merenson, C. (2014) “Primera Estimación del Pasivo Socio-ambiental de la Expansión del Monocultivo de Soja en Argentina”. En: <https://laereverde.com/articulos/primera-estimacion-del-pasivo-socio-ambiental-de-la-expansion-del-monocultivo-de-soja-en-argentina/>.

significativo en la actividad agrícola, alcanzando las 26 millones de hectáreas. Este proceso se afianzó a partir de 2002, como fruto de la salida de la convertibilidad que potenció nuestra competitividad internacional y una insipiente tendencia de aumento en los precios de las *commodities*, que alcanzó un pico en 2007, particularmente en el caso de la soja.

Superando entre 1,4 y 14 veces la tasa mundial de deforestación, el modelo agroindustrial en nuestro país llevó a la degradación e incluso destrucción de los ecosistemas naturales en las áreas de expansión de la frontera agrícola donde se extendieron los procesos de deforestación, degradación de suelos, avance de la desertificación y pérdida de la diversidad biológica en todos sus niveles.

Si bien antes de la irrupción de la soja ya se experimentaban procesos de deforestación en la región, la aceleración experimentada por el avance de la frontera agropecuaria no reconoce precedentes, motivando una preocupante degradación y pérdida de la diversidad biológica en todos sus niveles. Así, las explotaciones mixtas e intensivas, que son las que arraigan a los productores y sus familias a la tierra, fueron sucumbiendo frente a la descontrolada agriculturización que desplazó a los productores e hizo que abandonen sus chacras, tambos y pequeñas producciones regionales.

#### Recursos renovables



Un aspecto central involucrado por el concepto de sostenibilidad es el de ajustar las tasas de recolección de los recursos renovables a las tasas de regeneración de estos recursos, de allí que sea necesario tomar en consideración la forma en la que el modelo agroindustrial impacta sobre los suelos.

En las monoculturas transgénicas las demandas de nutrientes claramente superan sus tasas de regeneración, razón por la cual se hace indispensable recurrir al empleo de fertilizantes.

El Ing. Agr. Fernando Miguez,<sup>27</sup> aporta datos sobre los niveles de exportación de nutrientes implicados en el monocultivo de soja, citando a Flores y Sarandón (2002) que estimaron que entre 1970 y 1999 se exportaron 23 millones de toneladas de nitrógeno, fósforo y potasio de la pradera pampeana y que la soja fue responsable del 45,6% de esa pérdida. El costo de reposición de los nutrientes exportados, mediante el empleo de fertilizantes en esos 30 años fue equivalente al 20,6% de los márgenes brutos promedios de la década del '80 y '90, a pesos constantes de enero 2000.

Además del empobrecimiento del suelo existen numerosos antecedentes que demuestran que el modelo agroindustrial ha conducido a episodios de compactación, erosión, desertificación, contaminación y/o mineralización del suelo fértil.

---

<sup>27</sup> Miguez, F. (2006). Análisis de la rentabilidad del cultivo de soja en Argentina. *Agronomía y ambiente*, 26(1), 77-86.

En materia de recursos naturales renovables también tenemos que mencionar los impactos del modelo sobre un recurso vital como el agua, con episodios de sobreexplotación y contaminación de acuíferos; sobreexplotación de aguas superficiales y despilfarro del agua.

### Emisión de residuos



La eutrofización de ecosistemas acuáticos es claro ejemplo de superación de la capacidad natural de asimilación de la contaminación de los suelos y acuíferos con fertilizantes inorgánicos de origen industrial o extractivo.

La masiva difusión de tóxicos biocidas es otra característica del modelo agroindustrial. En la campaña 2007/08 de

soja, se utilizaron el equivalente a 200 millones de litros de Glifosato, herbicida que se lo vincula con numerosos casos de cáncer, malformaciones, alergias de todo tipo, así como enfermedades autoinmunes y “raras”, que afectan a los pobladores –especialmente niños y mujeres– sometidos a los efectos de las fumigaciones realizadas en masa en las cercanías o directamente sobre los poblados.

Erosión de suelos, pérdida de diversidad biológica, gravísimos daños a la salud humana y biosférica, cambio climático, agotamiento de los bienes necesarios para el futuro, reprimarización de la economía, concentración de la riqueza, desplazamiento de poblaciones humanas, fomento a la especulación y la absoluta dependencia de los menguantes combustibles fósiles; configuran en conjunto un escenario que nos conduce a preguntarnos sobre la fragilidad, eficiencia y sostenibilidad del modelo agroindustrial.

### Conclusiones

En argentina se ha impuesto un modelo agroindustrial bajo la modalidad de monocultivo, con un alto nivel de tecnificación, con una alta inversión de capital, energía y otros recursos, como así también de servicios externos y la ayuda de especialistas. Un modelo económicamente “exitoso”, pero que no resulta sostenible al no poder garantizar en el tiempo sus condiciones de reproducción, tal como ocurre con otras expresiones del extractivismo que históricamente se aplicaron en Latinoamérica, las que en apariencia beneficiaban a los pueblos, países y regiones donde se las desplegaba, cuando en realidad solo beneficiaban con enormes ganancias a muy pocos y su inevitable abandono redundaba en enormes pérdidas sociales, culturales, ambientales, algunas irrecuperables, para esos mismos pueblos, países y regiones.

La principal fuente de insostenibilidad del modelo agroindustrial queda definida por la ausencia de una fuente masiva de energía barata -fundamentalmente gas y petróleo- momento al que nos estamos aproximando. Pero, existen otras fuentes de insostenibilidad como la destrucción de ecosistemas que sucumben al avance de la frontera agropecuaria

con secuelas de extirpación e incluso de extinción de especies animales y vegetales, violando un criterio operativo básico de la sostenibilidad: el de “irreversibilidad cero”, como así también el uso intensivo de los suelos, que únicamente pueden recuperar el drenaje de nutrientes mediante la fertilización, la cual es petróleo dependiente, violando otro criterio operativo básico de sostenibilidad: el de “uso sostenible”, por el cual, las tasas de uso, deben ser iguales a las tasas de regeneración de los recursos.

El obligado abandono de los combustibles fósiles (tanto por limitaciones de fuentes, como saturación de sumideros), sumado a los impactos del cambio climático antropogénico, nos deberían llamar a la reflexión en un país en el que hemos basado nuestra economía y nuestra seguridad alimentaria en un modelo agroindustrial a todas luces insostenible, optado por un modelo de producción que resulta extraordinariamente frágil pero que también resulta extraordinariamente difícil de reemplazar, no por carecer de opciones, sino por la inercia económica y cultural que ha adquirido y que lo hace capaz de neutralizar cuanta crítica o advertencia se haga sobre su futuro.

El gran desafío es poder vencer esa inercia que nos hace ir a contramano del verdadero progreso y tomar la decisión de reemplazar el actual insostenible modelo agroindustrial por uno agroecológico, intensivo en conocimientos, trabajo y diversidad, caracterizado por hacer uso de la energía solar, basado en imitar muchas de las estrategias que utiliza la naturaleza para dar estabilidad a los sistemas (en lugar de contrariarla permanentemente), un modelo de producción que no requiera del empleo de agroquímicos ni de insumos externos al ecosistema y que, en definitiva, sea realmente sostenible.

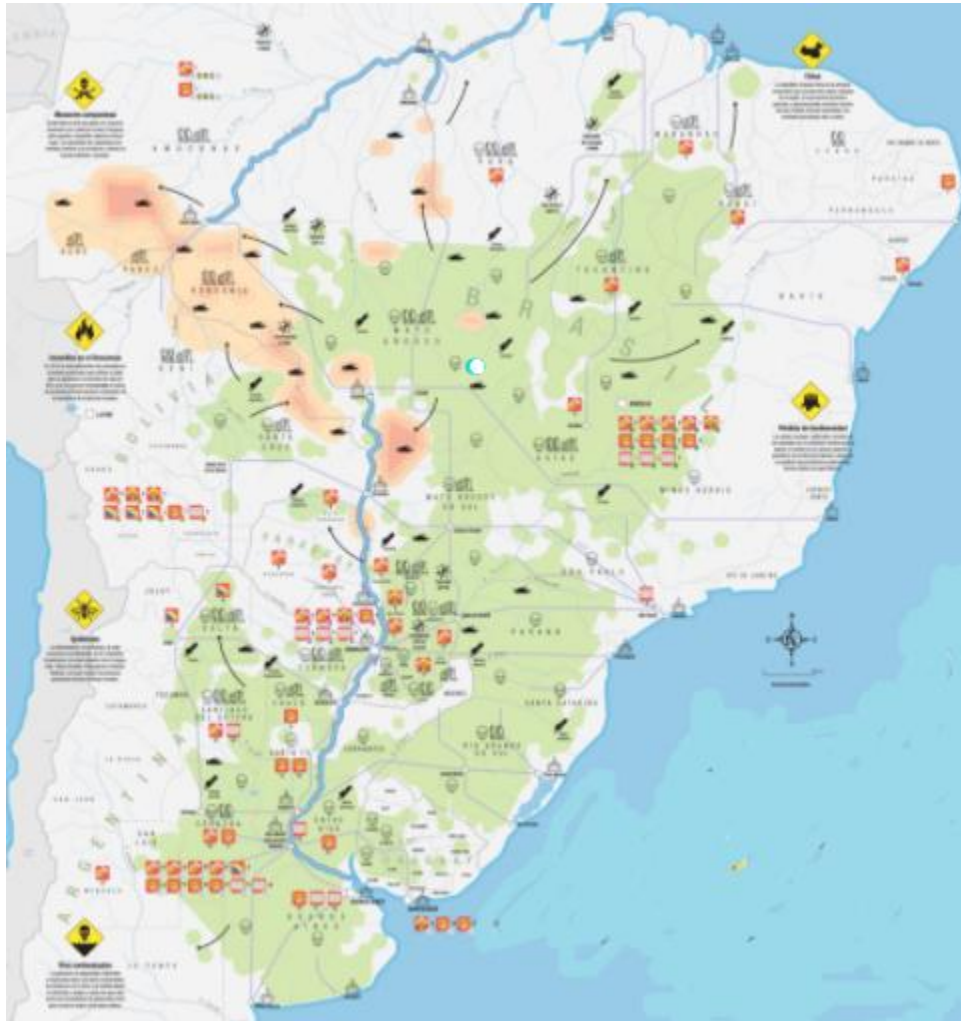
Las decisiones que permitieron el arrollador avance de la frontera agropecuaria fueron adoptadas considerando solo cálculos de rentabilidad económica que dejaron de lado los “valores” que están en juego cuando se opta por un modelo de desarrollo, valores que pertenecen a la esfera socioambiental y que no son reductibles a unidades monetarias.

Resulta urgente y necesario un cambio copernicano del paradigma económico dominante y en tal dirección, habrá que pensarnos como sujetos activos y no como sujetos pasivos librados a las leyes de un supuesto mercado inteligente, ni a sus efectos socioambientales. Como artífices de un modelo de desarrollo diferente en el que desarrollo social, progreso económico y protección ambiental, sean alcanzados en forma conjunta y equilibrada, en el que se desvincule al progreso económico de la degradación ambiental y en el que se combata la pobreza, modificando las insostenibles modalidades de producción y consumo, mientras se protege y ordena la base de recursos naturales del desarrollo económico y social.

*La URPS: se levanta a la faz de la tierra una nueva, anacrónica y peligrosa nación*

En 1996, con la aprobación en Argentina -y por primera vez en el cono sur de Latinoamérica- del primer cultivo transgénico de soja con resistencia a Glifosato, se instala un modelo agroindustrial que generará –pocos años más tarde- una comunidad de intereses económicos y culturales en algunos países de la región de tal intensidad que prácticamente ha conducido a la creación de un nuevo país al que algunos promotores del modelo

denominaron como “*La República Unida de la Soja*” y sus detractores respondieron llamándola “*República Tóxica de la Soja*”. Este nuevo Estado dentro de Estados es el resultado de la superideología productivista en cualquiera de sus vertientes: neoliberales o progresistas.



República Tóxica de la Soja

Esta verdadera “Unión de Repúblicas Productivistas Sojeras” (URPS), se extiende hoy en parte de los territorios de las repúblicas de Argentina; Brasil; Uruguay; Paraguay y Bolivia; y su capital se encuentra en Sinop, en el Estado de Mato Grosso, Brasil.

La URPS nace a partir de la alianza entre grandes productores agroindustriales locales y las corporaciones internacionales que los proveen de insumos y exportan sus producciones, reunidos y asociados por una mancomunidad de intereses económicos y de principios básicos que hacen a su organización: no tolerar la interferencia de los gobiernos en sus negocios; usar todos los recursos de los gobiernos para mantener y acrecentar sus privilegios; dejar que la demanda y la oferta trabajen sin freno; estimular el individualismo;



no tolerar la interferencia del trabajo asalariado; no pagar más que lo absolutamente necesario para sobrevivir; consagrar al lucro como el único motivo de toda acción productiva y hacer de la *competitividad* y la *productividad* la *razón de vivir*.

Las cinco Repúblicas Productivistas Sojeras que integran la URPS muestran algunos importantes rasgos en común que transmiten a los países de los que forman parte: una muy alta monopolización y extranjerización de la producción y comercialización de granos en general y soja en particular; una muy alta dependencia genómica y agroquímica de los países centrales; importantes asimetrías en el comercio y aumento de los déficit comerciales; un acelerado proceso de concentración de la tierra; un acelerado proceso de primarización y transnacionalización de la economía; muy alta vulnerabilidad económica asociada con los fluctuantes precios de las materias primas; gran vulnerabilidad asociada con su absoluta dependencia respecto de los menguantes combustibles fósiles; muy graves impactos ambientales, particularmente en materia de deforestación y desertificación; muy graves impactos sociales, vinculados a migraciones y daños a la salud; crecientes conflictos distributivos y creciente confusión social que lleva a la recuperación de las vertientes neoliberales del productivismo, como en Uruguay y Paraguay; e incluso, al surgimiento de expresiones de extrema derecha, como en Brasil y como también lo fue el intento golpista en Bolivia.

Pero la URPS -a pocos años de haber sido creada- ya resulta anacrónica.

Así por ejemplo, en la actualidad, para los proyectos de investigación financiados por la Unión Europea -como lo informa *Habas contadas*- se está trabajando para detectar lagunas de investigación en materia de extrema dependencia de su actual agricultura industrial del suministro de petróleo, gas y fósforo, con el objetivo de hacer que la UE sea resistente a la amenaza de escasez de recursos naturales, energía y minerales que ha surgido en la escena internacional en los últimos años. Para justificar esta línea de trabajo la UE considera necesario prestar más atención a la investigación sobre la agricultura orgánica y regenerativa, ya que esas técnicas son las únicas que se muestran capaces de lograr altos rendimientos agrícolas con un uso mínimo de petróleo, gas natural e insumos de roca fosforada. También recomienda aumentar los esfuerzos en la investigación sobre la relocalización de las cadenas logísticas, que han estado orientadas al comercio internacional de larga distancia en las últimas décadas y pueden verse obligadas a reubicarse de nuevo, resaltando el hecho de que el transporte de mercancías por carretera se enfrenta a un gran reto en las próximas décadas y este transporte, tanto internacional como nacional, es esencial para la producción y distribución de alimentos.

Es decir que, mientras los países desarrollados están regresando de la agroindustria para internarse en la agroecología, aquí, en la URPS, en una torpe huida hacia adelante, se acelera el compromiso con un modelo insostenible de producción de alimentos.

Para más información sobre la insostenibilidad del modelo agroindustrial ver:  
<https://laereverde.com/2019/11/23/el-insostenible-modelo-agroindustrial/>

Dos herramientas indispensables para profundizar el análisis crítico del modelo agroindustrial disponibles en <https://www.biodiversidadla.org/>:

## 1 - ATLAS DEL AGRONEGOCIO TRANSGÉNICO DEL CONO SUR

## 2 - MAPA DE LA REPÚBLICA TÓXICA DE LA SOJA

### *¿Tenemos modelos de producción absolutamente sostenibles?*

El secretario de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Argentina, Juan José Bahillo, en una entrevista con TELAM ha declarado que la región, refiriéndose a Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil y Chile, cuenta con modelos de producción que ***son absolutamente sostenibles que no agravan, sino que mitigan, los efectos adversos del cambio climático***; considerando además que, el modelo de producción de alimentos que se desarrolla en la región ***tiene en cuenta el plano ambiental, económico y social***.

Obviamente, el secretario se refiere al modelo agroindustrial fuertemente hegemonizado por las monoculturas transgénicas, modelo al que considera “absolutamente sostenible”, afirmación que contrasta con indicadores que muestran que la agroindustria no satisface criterios básicos que tornan operativa la definición de desarrollo sostenible y no tiene en cuenta las consecuencias ecosociales que genera.

Cuando se afirma que el agroindustrial es un modelo absolutamente sostenible parece no haberse tenido en cuenta su exigencia y total dependencia de los combustibles fósiles, al punto de haberse transformado en un proceso energéticamente deficitario, que exige un aporte de kilocalorías superior al que posteriormente se obtiene en forma de alimentos. En la agroindustria más del 95% de las entradas energéticas externas proviene de la quema de combustibles fósiles o de productos derivados de los mismos. Así, por ejemplo, en la cuna del modelo agroindustrial, Estados Unidos, su sistema agroalimentario tomado en conjunto, funciona con rendimiento de 1:10 lo que significa que para poner una caloría sobre la mesa se invierten diez calorías petrolíferas, y en el cultivo de verduras de invernadero durante el invierno llegan a alcanzarse valores tan disparatados como 1:575.

Vemos entonces que la agroindustria es un proceso que convierte energía fósil no comestible en energía comestible lo cual, antes que absolutamente sostenible, convierte al proceso en absolutamente insostenible en tanto el cenit del petróleo y la obligada descarbonización de nuestra economía, inevitablemente conducen al fin de nuestra sociedad fosilista y con ella, obviamente también, al fin de la agroindustria. Es la fragilidad del modelo energético la que torna extremadamente frágil al modelo agroindustrial, poniendo en cuestión la seguridad alimentaria, convirtiendo en amenaza lo que hasta ahora considerábamos la forma más eficiente y eficaz para la producción de alimentos.

Cuando se afirma que el agroindustrial es un modelo absolutamente sostenible además de ignorar su deficitario balance energético, también parece ignorarse que la fragilidad e insostenibilidad del modelo queda definida por otras características que le son inherentes, tales como la extrema uniformidad de las monoculturas transgénicas y la pérdida de biodiversidad funcional que origina su práctica lo que ha redundado en crecientes pérdidas de estabilidad de los propios agroecosistemas.

Cuando se afirma que el modelo de producción de alimentos que se desarrolla en la región tiene en cuenta el plano ambiental, económico y social, lo que no se tiene en cuenta son las externalidades de un modelo que genera diferentes y graves formas de contaminación y ruptura de ciclos naturales vitales, donde la eutrofización de ecosistemas acuáticos es claro ejemplo de superación de la capacidad natural de asimilación de la contaminación de los suelos y acuíferos con fertilizantes. Menos aún se tiene en cuenta la masiva difusión de biocidas vinculados con numerosos casos de cáncer, malformaciones, alergias de todo tipo, así como enfermedades autoinmunes y “raras”, que afectan a los pobladores –especialmente niños y mujeres– sometidos a los efectos de las fumigaciones realizadas en masa en las cercanías o directamente sobre los poblados.

Menos aún son tenidos en cuenta los procesos de deforestación que motoriza el avance de la frontera agropecuaria a tasas que no reconocen antecedentes, como las que se registran en la selva amazónica, o como en el caso de nuestro país, donde en la región del parque chaqueño se superaron entre 1,4 y 14 veces la tasa mundial de deforestación, agudizando los procesos de degradación de suelos, avance de la desertificación y pérdida de la diversidad biológica en todos sus niveles.

Tampoco es tenida en cuenta la fractura en la relación metabólica establecida entre los seres humanos y la naturaleza y la profundización de desigualdades sociales propias de un modelo que agudiza la situación de marginación al enfrentar a las comunidades locales e indígenas a una degradación cada vez mayor de su ambiente natural, redundando en el aumento de la pobreza, el éxodo rural, una mayor vulnerabilidad a las crisis alimentarias, así como el aumento de la frecuencia de los conflictos políticos y sociales por recursos escasos.

Cuando se afirma que el modelo tiene en cuenta el plano económico lo que parece no tenerse en cuenta es que, la lógica económica inherente al modelo agroindustrial lleva –inevitablemente– a la concentración productiva, con desplazamientos de los productores de pequeña y mediana escala que van dando paso a la gran industria del campo, integrada a los agronegocios y a las cadenas de exportación. Esa misma lógica conduce a la sobreexplotación del capital natural, con repercusiones a largo plazo para el ambiente, que son absolutamente ignoradas. Los enormes beneficios económicos que genera el modelo raramente quedan en la región que los origina y por tratarse de sistemas de producción altamente mecanizados y automatizados, requieren una fuerza de trabajo pequeña, perdiendo así su legitimación social como fuentes generadoras de empleo.

Erosión de suelos, pérdida de diversidad biológica, gravísimos daños a la salud humana y biosférica, cambio climático, descontroladas quemadas de campos, agotamiento de los bienes necesarios para el futuro, reprimarización de la economía, concentración de la riqueza, desplazamiento de poblaciones humanas, fomento a la especulación y la absoluta dependencia de los menguantes combustibles fósiles; configuran en conjunto un escenario que conduce a preguntarnos: ¿qué elementos de juicio llevaron al secretario de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación, Juan José Bahillo a afirmar que la región cuenta con modelos de producción que son “absolutamente sostenibles”?

### *Extractivismo: la sombra del saqueo*



Un fantasma recorre Latinoamérica: el fantasma del antiextractivismo. Todas las fuerzas de la vieja política se han unido en santa cruzada contra ese fantasma: conservadores; neoliberales; anarcocapitalistas y neoprogresistas. Monolítica unidad frente a cualquier voz que se levante contra el orden neocolonial y sus prácticas extractivistas.

Ahora bien; que lo hagan conservadores, neoliberales y anarcocapitalistas no debe

sorprender ni preocupar, resulta inherente a sus ideologías, pero resulta irritante que lo hagan dirigentes y militantes del campo nacional y popular en representación de movimientos que aquilatan una larga historia de lucha contra la entrega y el saqueo, en defensa de los intereses de las clases oprimidas, levantando la bandera de la lucha contra el imperialismo.

Indigna verlos hoy levantar sus voces en defensa de todas y cada una de las aventuras extractivistas que proponen las transnacionales y sorprende la miopía política que los hace caer en una verdadera simplificación, donde imaginan que el ecologismo se opone a los extractivismos única y exclusivamente por sus impactos ambientales.

Al enfrentar las críticas a sus estrategias extractivistas encumbrados referentes del neoprogresismo latinoamericano hablan de “arma ideológica” del ambientalismo de derecha; de sombra de la restauración conservadora; calificando de terrorista a todo aquel que se opone al extractivismo y de un plumazo, el ambientalismo se transforma en el nuevo colonialismo del siglo XXI.

¿Oponerse al extractivismo heredado de la colonia, se transforma en colonialismo del siglo XXI? Como dijera Bertolt Brecht: *que tiempos serán los que vivimos, que hay que defender lo obvio.*

En Argentina, algunos dirigentes o militantes del campo popular, en defensa de los extractivismos que se intentan promover desde el gobierno, encabezan el ataque contra todo aquel que manifieste algún reparo frente a megaproyectos o promociones de actividades extractivistas, a todas luces insostenibles.

En su afán por frenar el avance de la conciencia ambiental en el campo nacional y popular, no dudan en apelar a la denuncia de *infiltración ecológico-trotskista* del movimiento nacional e incluso, en el paroxismo argumental, lanzan una cruzada para deconstruir las ideas del extractivismo como expresión del saqueo. Estos cruzados del productivismo nacional y popular no se limitan a establecer los límites de su propio campo de acción, sino que establecen también cuales son los límites que separan a los “verdaderos ecologistas” de

los “falsos ecologistas”. Para ellos, un verdadero ecologista, un “ecologista serio”, no tiene que perder el tiempo hablando de extinciones, *fracking*, glifosato o energía nuclear.

Pero allí no termina el ataque. Advierten que, al ser las actividades extractivistas las que pueden aportar más dólares, oponerse a ellas, termina siendo funcional al imperialismo y una de las formas más perversas del antidesarrollo. Una verdadera paradoja, porque no hay actividades que resulten más funcionales al imperialismo y redunden en el subdesarrollo, que las actividades extractivistas que se pretenden levantar como el remedio a todos nuestros males. Allí está la historia latinoamericana para atestiguarlo, desde la economía de rapiña colonial al paleoextractivismo neoliberal y el neoextractivismo progresista. Allí está la nueva división internacional del trabajo emergente de la reestructuración neoliberal que le asignó a la fracción de la periferia en que habitamos el rol de proveedores mundiales de materias primas y bienes ambiente-intensivos. Rol que el neoprogresismo latinoamericano asume como designio divino e inmutable y para sostener empleos, salarios y políticas sociales, como si se tratara de un acto revolucionario, lanzan y defienden con uñas y dientes, no los recursos naturales, sino su modelo extractivista.

Al advertir sobre los riesgos ecosociales de los proyectos extractivistas, el ecologismo cuestiona en realidad la concepción productivista que los inspira y el modelo de organización de la economía que se ha instalado en la región.

No se trata de oponerse caprichosamente a cualquier actividad que implique el acto de extraer recursos naturales, sino de cuestionar aquellas que resultan capital intensivas, directa o indirectamente impulsadas por corporaciones transnacionales, involucrando la extracción y/o remoción de recursos naturales, en gran volumen o alta intensidad, con bajo o ningún procesamiento en origen y cuyo destino -mayoritariamente- es la exportación; desarrolladas en países con alta dependencia de la extracción y exportación de recursos naturales. Se trata de actividades con graves impactos ambientales y altos riesgos ecosociales y en el caso de Latinoamérica ingresan en esta clasificación la minería a gran escala a cielo abierto, la explotación hidrocarburífera y los monocultivos de exportación.

Verdadera miopía política no advertir que el modelo extractivo-exportador lo único que garantiza es una cada vez mayor dependencia económica y política respecto de los países compradores de nuestras materias primas y de los vaivenes del mercado mundial; ensanchando la desigualdad en el intercambio comercial; desincentivando el desarrollo de otras áreas económicas que resultan vitales para un proyecto nacional, realmente sostenible.

Verdadera miopía política, demuestran aquellos que acusan al antiextractivismo de allanar el camino a la restauración neoliberal en tanto, como muy bien lo resume Machado Araoz,<sup>28</sup> la etapa neoextractivista antes que ser la contracara de tal restauración, es la culminación de un proceso que tiene sus orígenes en

---

<sup>28</sup> Machado Araoz, H. (2012). Orden neocolonial, extractivismo y Ecología Política de las emociones, documento electrónico:

<http://ecologiapoliticadelsur.com.ar/uploads/filemanager/Orden%20neocolonial,%20extractivismo%20y%20ecolog%C3%ADa%20pol%C3%ADtica%20de%20las%20emociones-Machado%20A..pdf>

la violencia extrema de los terrorismos de Estado drásticamente impuestos durante los '70 y prolongada en la economía del terror de los '80, mediante la violencia disciplinadora-racionalizadora de la expropiación, iniciada con la deuda externa y los ajustes estructurales; prolongada y completada, luego, con la ola de privatizaciones, apertura comercial, desregulación financiera y flexibilización laboral de los noventa, *fase a partir de la cual*, la violencia se torna endémica y se abre la etapa de la naturalización desde los primeros años del 2000 y que rige hasta nuestros días, bajo las formas fetichizadas de la fantasía desarrollista que alienta la voracidad del extractivismo.

Machado Araoz sintetiza la cuestión de la siguiente manera

Así, usualmente festejado como ‘salida’ del neoliberalismo, la instauración del extractivismo viene a significar, en realidad, su fase superior; el desarrollo de un nuevo ciclo de re-colonización del continente. Se completa la imposición de lo que Scribano ha caracterizado como un nuevo régimen de sujeción colonial (Scribano, 2010). En un contexto de agotamiento del mundo, cuando el imperialismo ecológico históricamente ejercido no basta ya para suturar la devastación inevitable del metabolismo social del capital, la ley de la acumulación se torna, más cruentamente, ‘acumulación por desposesión’ (Harvey, 2004). Estamos en la fase del capitalismo senil, en el que todas las formas de la violencia colonial convergen y coexisten en un mismo escenario socio-histórico: el terror de la represión y la criminalización de las protestas; la violencia expropiatoria que expulsa a las poblaciones de sus territorios: la inversión que las despoja de sus fuentes de nutrientes, de agua, de aire y de energía; en fin, la violencia sutil del fetichismo, ese que amortigua los cuerpos; que usurpa sus emociones y sentimientos y, bajo el influjo de las mercancías de moda, coloniza sus deseos y domina sus almas. (Machado Araoz, 2012)

Verdadera miopía política de aquellos que no logran desprenderse de las exorias de un anacrónico desarrollismo, que les impide ver los catastróficos resultados de los modelos basados en la depredación de los recursos naturales que solo sirvieron para alejar a la región de los objetivos básicos de justicia social, independencia económica, soberanía política y prudencia ecológica, todo ello en el marco de una integración regional solidaria.

La situación es clara, mientras con una mano nos endeudan con préstamos que les retornan como fuga de capitales; con la otra mano aspiran las riquezas naturales para cobrar esas deudas espurias e incobrables. Y en ese escenario, la dirigencia -supuestamente progresista- grita en las tribunas que la palabra ajuste ha sido enterrada, mientras impulsa las más variadas aventuras extractivistas, como si ellas no fueran las formas más perversas del saqueo y, por lo tanto, uno de los más perversos ajustes.

Frente a la utopía “neoprogresista” de *salir del extractivismo con más extractivismo*, el ecologismo político plantea salir de este sistema alienante, dejar atrás esta cultura insostenible y para ello levanta las utopías realizables de una sociedad en que se reemplace

la razón productivista, su mercadología y tecnología, por una razón ecosocial, convivencial y verdaderamente sostenible.

Hoy, más que nunca, debemos decir no a los extractivismos y su fantasía desarrollista y si a la transición hacia una sociabilidad convivencial y un desarrollo verdaderamente sostenible.

### *Sentir que 530 años no es nada*

Hace 530 años los reyes de Castilla y Aragón recibían una carta de Cristóbal Colón, anunciando su “descubrimiento” y en uno de sus párrafos hacía la siguiente descripción de *La Española*, la isla a la que había arribado en 1492.

Hay palmas de seis o ocho maneras, que es admiración verlas, por la deformidad hermosa de ellas, mas así como los otros árboles y frutos e hierbas. En ella hay pinares a maravilla y hay campiñas grandísimas, y hay miel, y de muchas maneras de aves, y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales, y hay gente en estimable número. La Española es maravilla; las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas, y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de la mar aquí no habría creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes, y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos e hierbas hay grandes diferencias de aquellas de la Juana. En ésta hay muchas especierías, y grandes minas de oro y de otros metales. (Año 1493)

Hoy, a 530 años del inicio del saqueo de los territorios de América, la jefa del Comando Sur de Estados Unidos, Laura Richardson, en el «*think tank*» *Atlantic Council* explicó de la siguiente manera, por qué a Washington realmente le importa Latinoamérica.

¿Por qué es importante esta región? Con todos sus ricos recursos y elementos de tierras raras, tienes el triángulo de litio, que hoy en día es necesario para la tecnología. El 60 % del litio del mundo está en el triángulo de litio: Argentina, Bolivia, Chile ...las reservas de petróleo más grandes, incluidas las de «crudo ligero y dulce descubierto frente a Guyana hace más de un año». «Tienes los recursos de Venezuela también, con petróleo, cobre, oro», destacando además la importancia del Amazonas, «los pulmones del mundo». Por otro lado, «tenemos el 31 % del agua dulce del mundo en esta región», concluyendo que a EE. UU. le queda «mucho por hacer» y que «esta región importa». «Tiene mucho que ver con la seguridad nacional y tenemos que empezar nuestro juego. (Año 2023)

Como puede verse en el siguiente cuadro, entre las principales exportaciones de *commodities* por parte de los países de Latinoamérica y el Caribe (LAYC) entre 2015 y 2019 la proporción media anual de los productos básicos en las exportaciones totales de mercancías varía desde un mínimo de 63,9% para Brasil y un máximo de 96% para Surinam lo que ilustra sobre la muy alta dependencia de Latinoamérica y en particular de América del Sur de las exportaciones de *commodities*. Téngase en cuenta que, cuando las *commodities* representan 60% o más de las exportaciones de un país, ese país es calificado



como país en desarrollo dependiente de productos básicos (*Commodity Dependent Development Country* – CDDC).

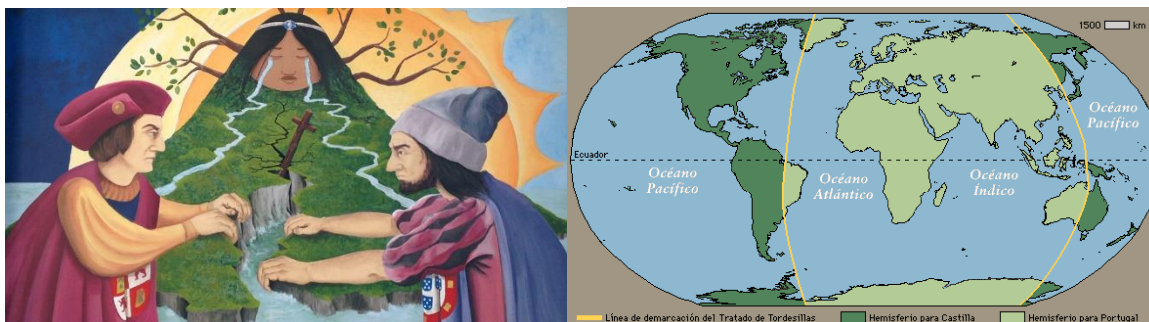
Leading commodity exports in LAC CDDCs (2015-2019)

Country	Leading commodity export product group	Average annual share of leading commodity group in total merchandise exports (per cent)	Average annual share of commodities in total merchandise exports (per cent)
Argentina	Feeding stuff for animals (no unmilled cereals)	17.0	68.5
Belize	Sugar, molasses and honey	21.8	68.7
Bolivia (Plurinational State of)	Natural gas, whether or not liquefied	33.5	94.0
Brazil	Oil seeds and oleaginous fruits (excluding flour)	11.8	63.9
Chile	Copper ores and concentrates; copper mattes; cement copper	23.4	86.6
Colombia	Petroleum oils, oils from bitumin. materials, crude	31.3	78.5
Ecuador	Petroleum oils, oils from bitumin. materials, crude	34.0	93.4
Guyana	Gold, non-monetary (excluding gold ores and concentrates)	47.1	88.9
Jamaica	Aluminium ores and concentrates (incl. alumina)	48.4	90.0
Paraguay	Oil seeds and oleaginous fruits (excluding flour)	24.9	88.6
Peru	Copper ores and concentrates; copper mattes; cement copper	24.9	89.7
Suriname	Gold, non-monetary (excluding gold ores and concentrates)	74.7	96.0
Uruguay	Meat of bovine animals, fresh, chilled or frozen	21.4	79.1
Venezuela (Bolivarian Republic of)	Petroleum oils, oils from bitumin. materials, crude	67.0	85.9

Source: Authors' calculations using data from UNCTADStat.

Note: Leading commodity export product groups are based on average export values at SITC 3-digit level within primary commodities defined as SITC 0, 1, 2, 3, 4, 68, 667 and 971 in the period 2015-2019.

El hilo conductor entre aquella descripción de Colón y la que hoy hace la jefa del Comando Sur de Estados Unidos es el extractivismo que tiene en el Tratado de Tordesillas,<sup>29</sup> su acta legal fundacional.



Muy bien lo explica Machado Araoz,<sup>30</sup> al afirmar que:

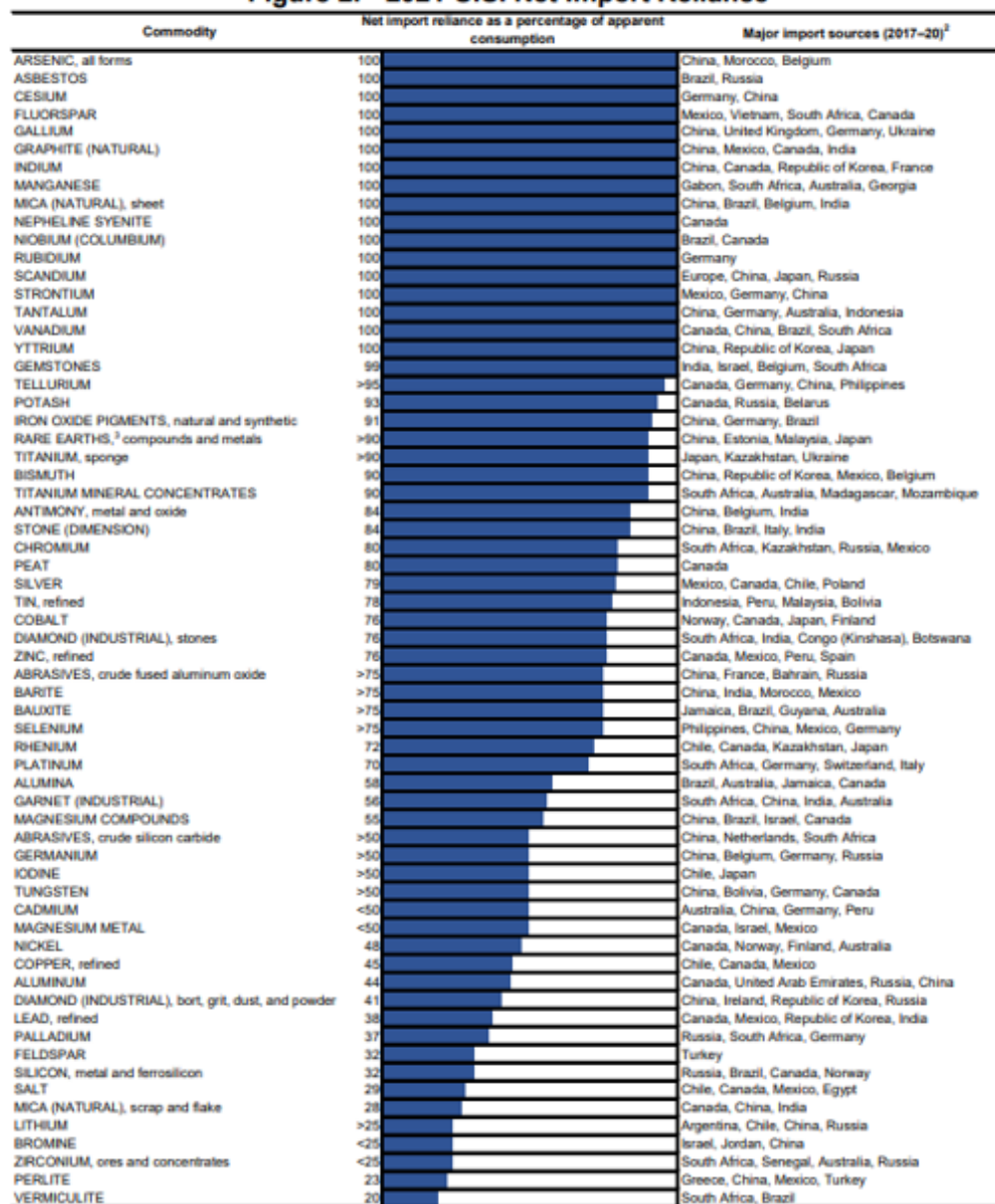
El extractivismo instituye la separación entre las metrópolis y sus satélites; establece el centro y sus periferias; delinea la geografía de la extracción, como geografía subordinada, dependiente, proveedora, estructurada por y para el abastecimiento de la geografía del centro, la del consumo y la acumulación. El extractivismo además nos refiere a la forma de relacionamiento que las fuerzas hegemónicas de la modernidad imponen sobre la entidad “naturaleza”, basada en su concepción como puro objeto, objeto de conocimiento y de explotación.

<sup>29</sup> El Tratado de Tordesillas se firmó el 7 de junio de 1494, entre los representantes de Isabel y Fernando, reyes de Castilla y de Aragón, por una parte, y los del rey Juan II de Portugal, por la otra. Este tratado estableció un reparto de las zonas de navegación y conquista del océano Atlántico y del Nuevo Mundo (América) mediante una línea situada a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, para evitar un conflicto de intereses entre las coronas de España y Portugal. Entre otras cosas el tratado establecía .... *que por cuanto entre los dichos señores sus constituyentes hay cierta diferencia, sobre lo que á cada una de las dichas partes pertenece, de lo que fasta hoy dia de la fecha de esta capitulación está por descubrir en el mar ... que se haga é señale por el dicho mar Océano una raya, ó línea derecha de polo á polo, convien á saber, del polo ártico al polo antartico, que es de Norte á Sur, la cual raya ó línea se aya de dar, é dé derecha, como dicho es, á tresientas é setenta leguas de las islas del Cabo Verde, hacia la parte del Poniente, por grados ó por otra manera como mejor y mas presto se pueda dar, de manera que no sean mas... é que todo lo que hasta aquí se ha fallado é descubierto, é de aquí adelante se hallare, é descubriere por el dicho señor de Portugal, é por sus navios, asy islas como tierra firme, desde la dicha raya, é línea dada en la forma susodicha, yendo por la dicha parte del Levante dentro de la dicha raya á la parte del Levante, ó del Norte, ó del Sul della, tanto que no sea atravesando la dicha raya, que esto sea, é finque, é pertenezca al dicho señor rey de Portugal é á sus subcesores, para siempre jamas, é que todo lo otro, asy islas, como tierra firme, halladas y por hallar, descubiertas y por descubrir, que son ó fueren halladas por los dichos señores rey é reyna de Castilla, é de Aragón, etc., é por sus navios desde la dicha raya dada en la forma susodicha, yendo por la dicha parte del Poniente, después de pasada la dicha raya hacia el Poniente, ó el Norte, ó el Sul della, que todo sea, é finque, é pertenezca á los dichos señores rey é reyna de Castilla, de León, etc., é á sus subcesores para siempre jamas.*

<sup>30</sup> Machado Araoz, H. (2015). “Ecología Política de los regímenes extractivistas. De reconfiguraciones imperiales y re-existencias decoloniales en nuestra América”, *Bajo el Volcán*, 15(23):11-51.

Por otra parte, lo declarado por la jefa del comando sur responde a una incontrastable realidad: la economía de Estados Unidos resulta altamente dependiente de las importaciones de materias primas básicas, tal como puede apreciarse en el siguiente cuadro en el que se consigna, para los diferentes minerales, el porcentaje de dependencia neta de sus importaciones.

**Figure 2.—2021 U.S. Net Import Reliance<sup>1</sup>**

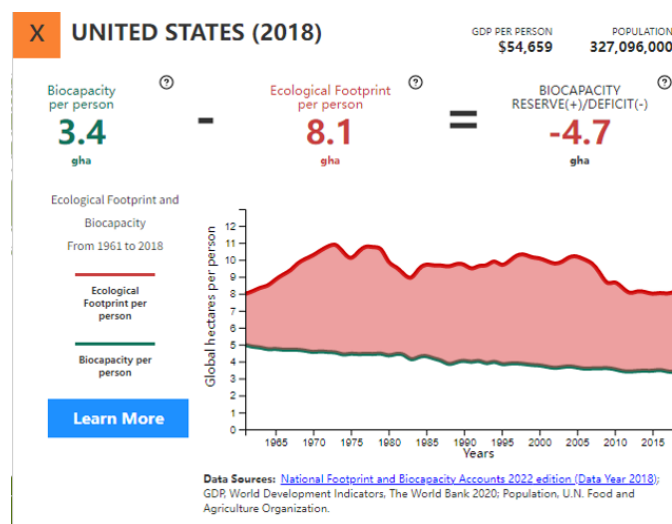


<sup>1</sup>Not all mineral commodities covered in this publication are listed here. Those not shown include mineral commodities for which the United States is a net exporter (boron; clays; diatomite; gold; helium; iron and steel scrap; iron ore; kyanite; molybdenum; rare earths, mineral concentrates; sand and gravel, industrial; soda ash; titanium dioxide pigment; wollastonite; zeolites; and zinc concentrates) or less than 20% net import reliant (abrasives, metallic; beryllium; cement; gypsum; iron and steel; iron and steel slag; lime; nitrogen (fixed)—ammonia; phosphate rock; pumice; sand and gravel, construction; stone, crushed; sulfur; and talc and pyrophyllite). For some mineral commodities (hafnium; mercury; quartz crystal, industrial; thallium; and thorium), not enough information is available to calculate the exact percentage of import reliance.

<sup>2</sup>Listed in descending order of import share.

<sup>3</sup>Data include lanthanides.

También resulta muy ilustrativo verificar la relación deficitaria que mantiene Estados Unidos entre la Huella Ecológica (HE) de su población respecto de la Biocapacidad (B) del país. Situación que puede apreciarse en el siguiente gráfico, en el que el sector rojo por encima de su B corresponde a su Déficit Ecológico (DE).



Es de hacer notar que el DE en Estados Unidos se cubre mediante la “importación” (extractivismo mediante) de la B de terceros países, entre ellos, claro está, los de LAyC. Países que, pese a mostrar Superávit Ecológico (SE) en su relación entre HE y B, muestran una muy preocupante tendencia declinante de su B que los transformará, en pocos años más, en deficitarios.

Sentir que 530 años no es nada resulta una verdadera tragedia si nos detenemos para reflexionar sobre los escalofriantes datos que revela Darcy Ribeiro,<sup>31</sup> cuando afirma que:

En el curso de los tres siglos de colonización, el continente sudamericano llegó a tener 130 millones de habitantes. Hoy tenemos apenas 30 millones. Un balance aproximado, pero aún conservador, estima que murieron más de 66 millones de amerindios. El continente fue arrasado por una mortandad inconcebible, cuyo horror sólo se compara con el exterminio de los esclavos africanos en las Américas.

Se trata de uno de los mayores, sino el mayor genocidio registrado en la historia. Para Héctor Alimonda,<sup>32</sup> la conquista del continente por los europeos ha sido una de las experiencias más violentas y radicales de la historia de la humanidad;<sup>33</sup> un gigantesco

<sup>31</sup> Ribeiro, D. (1986). *O povo brasileiro: a formação e o sentido do Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras. Página 47.

<sup>32</sup> Alimonda, H: (2002) Una Herencia en Comala. Ambiente & Sociedade – Ano IV – No 9

<sup>33</sup> Alimonda destaca que: La conquista europea significó una dramática interrupción en el curso histórico natural de la población americana, que en la época representaba 20% de la humanidad. Grandes culturas desaparecieron sin dejar muchos más rastros que las ruinas de sus ciudades; pero también desaparecieron pueblos y naciones indígenas no urbanas, sin dejar ningún vestigio. Se trató de un gigantesco etnocidio, que

dispositivo de reordenamiento social y ambiental de los territorios en función del establecimiento de lo que ha sido denominado economía de rapiña. Rapiña que, con otras formas y modales, detrás de las mismas y de nuevas materias primas, continua intacta en lo esencial.

### *¿En qué lado estamos?*

Este interrogante surge frente al doble anuncio del presidente Alberto Fernández, cuando por un lado confirma que asistiría a la Cumbre de Líderes por el Cambio Climático a realizarse en Glasgow, donde la Argentina presentará una estrategia de largo plazo de neutralidad de carbono, afirmando que: *tenemos un compromiso real por el cuidado ambiental* mientras que, paralelamente, se anunciaba la próxima presentación de un proyecto de ley para otorgar incentivos y beneficios a la industria petrolera, estableciendo desgravaciones impositivas y subsidios para toda la producción de petróleo y gas.

Las dudas sobre el lado en el que nos encontramos parecen quedar aclaradas con el proyecto de *Ley de Promoción de Inversiones Hidrocarburíferas* que acaba de ser presentado. Proyecto que marcha a contramano de aquellas medidas que la opinión científica y el sentido común indican como las más indicadas para los graves momentos que nos toca enfrentar. Quienes tienen un compromiso real por cuidar el ambiente vienen exigiendo que se reemplacen los combustibles fósiles con energías renovables y limpias y que se eliminen de manera urgente los *subsidios a los combustibles fósiles* a la par que se apliquen políticas efectivas y justas para aumentar constantemente los precios del carbono de tal manera de desalentar su empleo.

Un proyecto que además de la objeción genérica que merece al alentar el uso de combustibles fósiles, habla de *sustentabilidad energética* y la define tan vagamente que cualquier emprendimiento, aún los más insostenibles, podría encuadrar en esa figura. Un proyecto que no otorga participación alguna a la autoridad ambiental nacional mientras coloca en cabeza de la Secretaría de Energía el control ambiental de las actividades promovidas (el lobo cuidando el gallinero). Un proyecto donde, por otra parte, la palabra ambiental figura tres veces y al pasar, casi de compromiso.

No se pueden seguir derrochando relatos sobre compromisos inexistentes. Aquí lo que está en juego es la vida y por eso no existen posiciones intermedias. O se está del lado del productivismo desenfrenado, responsable de la crisis ecosocial global que nos conduce a un colapso civilizatorio o se está del lado de la vida, con quienes luchan por construir un mundo convivencial y verdaderamente sostenible.

---

implicó el sacrificio gratuito de universos simbólicos y de tecnologías adaptadas a diferentes ecosistemas del continente, basadas en siglos de paciente observación de los procesos naturales. Al mismo tiempo, es necesario recordar que este etnocidio tuvo expresión muy concreta en la espeluznante mortalidad que arrasó a las poblaciones indígenas. No se trató solamente de la violencia directa de los conquistadores, de los trabajos forzados, del hambre provocada por la desorganización de los sistemas agrícolas. Fue consecuencia también del efecto devastador que tuvieron, sobre la población de América, hasta entonces aislada del resto de la humanidad (y, por lo tanto, con escasa inmunidad), los microorganismos patógenos transplantados al continente por los europeos (CROSBY, 1993; TUDELA, 1992)

*Proyecto de ley de promoción agroindustrial: decididamente en el lado equivocado*

Parafraseando a André Gorz, en “Su ecología y la nuestra”, se puede afirmar que, en un primer momento, todos los productivistas, ya sea neoliberales o progresistas, dicen que quienes pretendemos proteger el ambiente impedimos el crecimiento de la economía desde posiciones anticientíficas y otros argumentos por el estilo, pero, cuando las circunstancias y la presión se hacen irresistibles, conceden lo que ayer negaban y, fundamentalmente, no cambia nada. Cuando, después de haber resistido durante mucho tiempo, finalmente ceden porque el impasse ecológico se ha convertido en ineluctable, integran este inconveniente como han integrado todos los demás. Por eso es necesario de entrada plantear la cuestión francamente: ¿qué queremos? ¿un productivismo que se acomode a los “inconvenientes” ecológicos o un verdadero cambio económico, social y cultural que termine con los inconvenientes del productivismo y conduzca a una sociedad convivencial y verdaderamente “sostenible”?

Es en este contexto que, frente al anuncio de un proyecto de ley que establece un *Régimen de Fomento al Desarrollo Agroindustrial Federal, Inclusivo, Sustentable y Exportador* y por el tenor de los discursos con los que fuera anunciado, se hace necesario formular algunas observaciones.

Como punto de partida permítame poner en duda la calificación de “sostenible” para el modelo que se pretende impulsar, en tanto no existe un modelo agroindustrial sostenible desde el punto de vista ecológico. Es un modelo inherentemente insostenible.<sup>34</sup> Calificarlo como sostenible es un oxímoron. Lo que existen son dos modelos absolutamente diferentes: el agroecológico y el agroindustrial, sin posibilidad de hibridación entre ambos, razón por la cual resulta *gatopardista* el intento de pintar de verde al insostenible modelo agroindustrial por el mero empleo de la novedosa denominación de: “agrobioindustrial” usada por el ministro de Agricultura, Ganadería y Pesca, Julián Domínguez, cuando afirma que el proyecto ley de Fomento para el Desarrollo Agroindustrial, es «el camino» para posicionar a Argentina como «líder agrobioindustrial» remarcando que «entre los objetivos específicos es poder exportar USD 100.000 millones y la meta de 200 millones de toneladas» de producción de cereales, oleaginosas y legumbres en 2030.

Lo cierto es que el modelo agroindustrial es anacrónico y marcha a contramano de los cambios que se deben concretar en el más corto plazo posible. Es su extrema dependencia del suministro de petróleo, gas y otros recursos no renovables -sin los cuales no resulta viable- que lo torna vulnerable ante la creciente escasez de recursos naturales, energía y minerales que ha surgido en la escena internacional en los últimos años. Este es uno de los factores que debería hacer que se preste atención y se fomente por todos los medios a la agroecología, como la única alternativa capaz de lograr altos rendimientos agrícolas con un uso mínimo de fuentes fósiles de energía e insumos externos al ecosistema. Por otra parte, no se puede seguir imaginando que las cadenas logísticas orientadas al comercio internacional de larga distancia de las últimas décadas se podrán mantener en un mundo caracterizado por el descenso energético, ni seguir imaginando que el transporte de

---

<sup>34</sup> Ver: [El insostenible modelo agroindustrial – LA \(RE\) VERDE \(laereverde.com\)](http://laereverde.com)



mercancías por carretera se podrá mantener en largas distancias todo lo cual obliga a un profundo replanteo.

Es por lo anterior que el proyecto de ley de promoción agroindustrial resulta anacrónico en tanto carece de sentido promover un modelo inviable e insostenible que solamente beneficia a muy pocos.

El presidente de la Sociedad Rural Argentina, en noviembre de 2019, afirmaba que durante el gobierno de Cambiemos se aplicaron las ideas que fueron el mejor camino para el “campo” y es tal afirmación la que conduce a preguntarnos si las ideas que le hicieron “tanto bien” al campo, son las mismas que desembocaron en un escenario socioeconómico caracterizado por el aumento de la inflación; caída en el consumo privado y en la inversión; saldo comercial promedio mensual negativo; pérdida del empleo privado; aumento del desempleo; aumento de la pobreza y la indigencia; significativo aumento en el número de los trabajadores que pagan impuesto a las ganancias sobre los salarios; caída en el consumo anual *per capita* de leche y de carne; caída en las ventas de las PYMES; reducción en el número de empresas; caída en la demanda de energía y del cemento; caída del salario mínimo y la jubilación mínima; pérdida de la capacidad de compra de medicamentos; caída en la participación de los trabajadores en el PIB; descomunal aumento tanto en la tasa de política monetaria como en la cotización de la divisa estadounidense; derrumbe en la producción automotriz y textil; caída en el sector de la construcción; retroceso en el empleo industrial y de las exportaciones de manufacturas de origen industrial; colosal incremento de la deuda pública bruta y de la deuda externa; récord en el incremento del riesgo país e inusitada aceleración en la fuga de capitales.

Todo lo anterior, sin considerar los impactos ambientales que le son inherentes al modelo agroindustrial y que se proyectan como externalidades hacia toda la sociedad.

Veamos entonces los impactos que necesariamente traerá aparejada la meta de producir 200 millones de toneladas de granos para fines de la corriente década, ello significa aumentar nuestra producción total de cereales y oleaginosas en un 50% respecto de la cosecha 2018/19 y de aproximadamente un 100% respecto del promedio de la última década.

Hasta la fecha existen tres maneras principales para aumentar la producción agrícola: incrementar la frecuencia de las cosechas (a menudo mediante el regadío); aumentar los rendimientos o expandir el área de sembrada.

En *¿Agricultura Sostenible o Síndrome Pamphúmedo?*<sup>35</sup> he aportado los datos e información que demuestran que únicamente se pueden alcanzar metas de producción como la que se acaba de anunciar, mediante la expansión del área sembrada y que esa expansión se dará en la región en la que se encuentra el 80% de los bosques nativos remanentes de nuestro país.

No resulta posible alcanzar una producción de 200 millones de toneladas de granos sin un aumento del área sembrada hasta totalizar unos 57 millones de hectáreas o lo que es igual,

<sup>35</sup> Ver: [¿Agricultura sostenible o Síndrome “Pamphúmedo”? – LA \(RE\) VERDE \(laereverde.com\)](https://laereverde.com/)



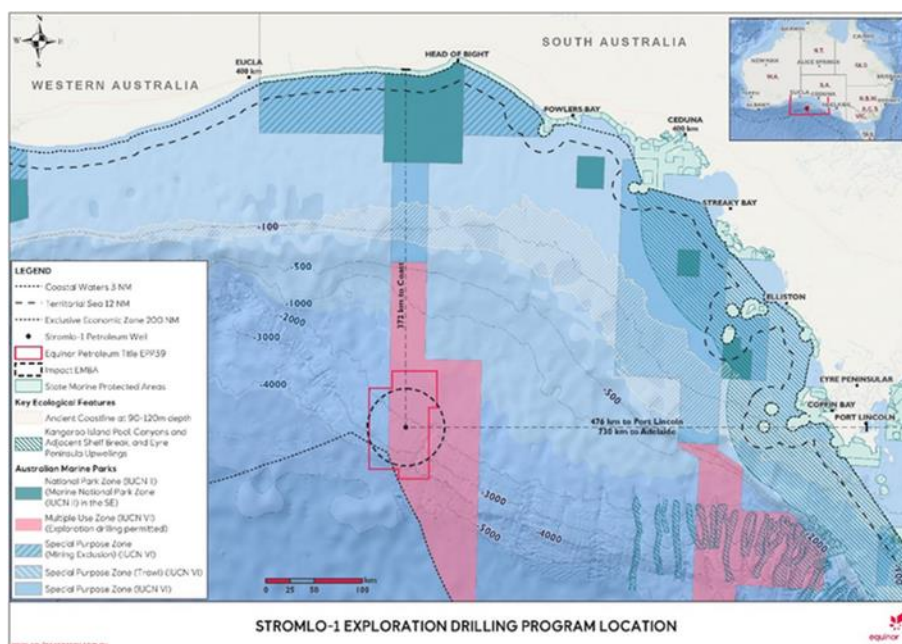
sembrar 20 millones de hectáreas adicionales a la actual área sembrada y aquí es donde nos podemos preguntar cómo se podrán sumar esos 20 millones de hectáreas sin arrasar los bosques nativos remanentes de Argentina.

*Off-shore: sentir que 300 km no es nada*

Por estos días, en defensa del proyecto “Adquisición Sísmica *Off-shore*” presentado por EQUINOR, algunos funcionarios gubernamentales argentinos -con absoluta ligereza- afirman que no hay que preocuparse porque el mismo se desarrollará a más de 300 km de la costa.

Un controversial caso de posible exploración y explotación *off-shore* lo tenemos con la intención del gobierno de Australia de buscar petróleo en el *Great Australian Bight*, aventura de la cual se fueron bajando, sucesivamente: Chevron; BP y -la última de ellas- EQUINOR, que lo decidió en febrero de 2020.

En este caso, la exploración se realizaría a 370 km de la costa y resulta de sumo interés verificar que, por ejemplo, el informe *Worst Credible Discharge* de 2016, presentado en 2016 por EQUINOR y su antiguo socio de empresa conjunta: BP, estimaba la posibilidad de un derrame que podría filtrar entre 4,3 millones de barriles y 7,9 millones de barriles, lo cual equivaldría al mayor derrame de petróleo de la historia, indicando que, hasta 750 km de costa, que abarca desde Australia Occidental hasta Tasmania y Nueva Gales del Sur, estarían contaminados. Un dato que no se puede pasar por alto, es que algún alto funcionario de BP -con absoluto descaro- destacaba por esos días que, en el caso de derrames, se abriría a las comunidades locales una gran actividad económica por las tareas de descontaminación (no aclaren, que oscurece).



Por su parte, EQUINOR en su *Plan de Emergencia de Contaminación* para dicha cuenca, muestra que, en un escenario de "peor caso de descarga", que implica una "pérdida de control de pozos" y liberaciones submarinas de petróleo crudo durante más de 100 días, el derrame podría afectar a toda la costa sur de Australia e incluso llegar tan al norte como Sydney, según el documento.

Y no es que estos accidentes no puedan ocurrir. Para ejemplo tenemos lo ocurrido con la plataforma *Deepwater Horizon* en el Golfo de México, cuando su estallido produjo 11 muertos y 17 heridos, mientras que el incontrolable derrame de petróleo en alta mar alcanzó unos 4,9 millones de barriles de petróleo, el mayor del mundo y el mayor desastre ambiental en la historia de Estados Unidos.

Por otra parte, sería interesante indagar los motivos reales -más allá de los esgrimidos por la empresa- que impulsaron a EQUINOR a abandonar el proyecto en Australia, no sea que la historia se repita y se malgasten recursos en proyectos destinados al fracaso.

Entre las causas que pueden haber influido en la decisión de EQUINOR podemos mencionar que es notoria la reducción del apoyo financiero de la comunidad inversora internacional hacia proyectos de exploración de combustibles fósiles como ya lo han decidido por ejemplo Goldman Sachs o JP Morgan. En igual dirección tenemos la decisión del Banco Europeo de Inversiones de eliminar gradualmente la financiación de los combustibles fósiles o la solicitud de la Agencia Internacional de la Energía a las compañías de petróleo y gas para que reduzcan sus emisiones, advirtiendo que no hacerlo "podría amenazar su aceptabilidad social y rentabilidad a largo plazo"; o la creciente preocupación por la exposición financiera al denominado riesgo de carbono por parte de los bancos; a lo cual se suma la creciente oposición de las comunidades por motivos ambientales y económicos, particularmente los impactos sobre la vida marina y la arriba mencionada posibilidad de un derrame de petróleo catastrófico lo cual redundaría en la no obtención de la indispensable licencia social (en el caso de Australia las encuestas mostraban que el 60% de las personas a nivel nacional y el 68% de las personas en Australia del sur se oponían a los planes de EQUINOR); unido a lo anterior emergen los obstáculos legales continuos para este tipo de emprendimientos particularmente en lo que hace a los mecanismos de consulta a las partes relevantes; en su conjunto, factores que deberían motivar una profunda reflexión sobre los riesgos y costos que conlleva el impulso de proyectos que marchan a contramano de un desarrollo socialmente justo, económicamente independiente, políticamente soberano y ecológicamente prudente.

## ANEXO

En respuesta al artículo del economista Claudio Scaletta; piedras contra el desarrollo

24 DE MARZO DE 2021

Claudio Scaletta ha publicado un artículo titulado *Piedras contra el Desarrollo* en *Le Monde* a propósito del repudiable ataque sufrido por el Presidente de la Nación y su comitiva en oportunidad de visitar la provincia de Chubut.

El autor del mencionado artículo atribuye el ataque a *movimientos ecologistas extremos* sobre los que después analiza críticamente su pensamiento, sus ideas y a los que identifica, indistintamente, como ambientalistas o ecologistas. Sobre tales afirmaciones y a manera introductoria, creo conveniente aclarar que:

1. No se pueden confundir ambos calificativos en tanto ambientalistas y ecologistas no pertenecen a una misma familia de ideas. Mientras el ecologismo es una ideología, el ambientalismo no lo es en absoluto. Confundir ambos términos, usarlos como sinónimos resulta un grave error intelectual.
2. El ecologismo hace de la no-violencia uno de sus seis principios básicos acordados a nivel mundial con lo cual lejos está de ser ecologista alguien que arroja piedras contra sus congéneres. Aclaración que considero válida porque el autor califica inicialmente de *ecologistas extremos* a quienes protagonizaron los hechos de Chubut, pero luego sigue refiriéndose a ellos sin tal calificativo.

Otra necesaria aclaración introductoria a esta respuesta al artículo mencionado en un principio es la de destacar que la misma se formula desde la visión que proyecta la *Ecología Política* sobre los temas tratados.

Tras una detallada enumeración de actividades de la producción el autor afirma que

el enemigo común y general de las corrientes ambientalistas es la producción a escala y la técnica aplicadas para lograr un aumento de la productividad y la competitividad. O dicho de manera menos técnica: “lo pequeño y artesanal es hermoso”, y lo “grande y tecnológico es horrible”, volteada en la que caen desde la producción de energía y metales hasta la agricultura moderna.

De lo anterior concluye que:

Frente a estos planteos, la sensación de casi cualquier economista, ortodoxo o heterodoxo se parece a la del científico frente a los defensores del dióxido de cloro: ese sentimiento de pesadumbre que suele provocar tener que explicar los conceptos más elementales y evidentes, que se suponía todos daban por descontados, partiendo de cero. ¿En serio hay que explicar que la productividad importa, que crecer es bueno y que se necesita exportar para incluir?

Lo primero que me pregunto es si es cierto que los economistas heterodoxos estarían incluidos entre los que experimentan la frustración del economista Scaletta, a menos que no considere economistas a los bioeconomistas o economistas ecológicos.

Lo segundo es que debo confesar que la sensación de frustración profesional que experimenta el autor es idéntica a la que me invade al leer su artículo. Es el mismo sentimiento de pesadumbre, pero no por *tener que explicar conceptos elementales y evidentes que se daban por descontados*, sino por tener que explicar conceptos que nunca fueron siquiera contemplados por la “ciencia” económica de la corriente principal en la que abrevia y tener que hacerlo *partiendo de cero*.

¿En serio hay que explicar que desarrollo no es sinónimo de crecimiento? ¿En serio hay que explicar que no hay revolución tecnológica que pueda ignorar las inflexibles leyes de la termodinámica; ignorar las leyes de la ecología científica o hacer realidad un crecimiento infinito en un planeta de recursos finitos? ¿En serio hay que explicar que la productividad importa según la razón que la impulsa?

En primer lugar, resulta necesario aquí no confundir *productividad* con *productivismo*, este último definido como la creencia en que las necesidades humanas sólo se pueden satisfacer mediante la permanente expansión del proceso de producción y consumo, transformados en el fin último de la organización social. Es al productivismo y la razón que lo impulsa a lo que se opone el ecologismo.

Incluso para quién manifiesta prejuicios sobre la visión anticientífica de ambientalistas/ecologistas convendría que hiciera una diferenciación en materia de productividad introduciendo en el análisis los *transumos*, entendidos como los flujos de energía y materiales a través de nuestros sistemas productivos, ellos son, en última instancia, los que permiten definir productividad, eficiencia y sostenibilidad en términos muy diferentes al reduccionismo que manifiestan algunos economistas.

La real eficiencia y la sostenibilidad en un sistema de producción, particularmente en un sistema agrícola, se mide por el retorno de energía en relación a la energía invertida y es en la agricultura intensiva actual, a la que el autor del artículo que nos ocupa califica como *agricultura moderna*, en la que más del 95% de las entradas energéticas externas proviene de la quema de combustibles fósiles, de tal manera que, cuando consumimos productos agrícolas o carne originadas en prácticas agroindustriales, la mayoría de la energía bioquímica que ingerimos no procede del sol, sino del petróleo. La agricultura tradicional llegaba a alcanzar rendimientos de 1:50, es decir que por cada unidad de caloría externa distinta a la solar se llegaban a obtener 50 calorías de alimentos; mientras que el sistema agroalimentario estadounidense -tomado en conjunto– funciona con un balance energético de 10:1 es decir que para poner 1 caloría de alimentos sobre la mesa se invierten 10 calorías petrolíferas. Esto es el verdadero concepto de productividad y sostenibilidad tan ignorado por economistas y tan presente en el pensamiento ecologista.

Al abordar estos temas, Riechmann y Carpintero,<sup>36</sup> mencionan que:

Hace ya decenios que el pensador socialdemócrata alemán Erhard Eppler, uno de los pioneros en la reflexión ecologista desde comienzos de los años setenta, indicó –en la estela de Polanyi– que quizá el acontecimiento más importante de la historia moderna haya sido la liberación de la economía de todas las ataduras sociales, políticas y morales. Tras esta “revolución” teórica --consumada en simultaneidad con los comienzos de la Revolución Industrial--, se consideró que el desarrollo y el crecimiento de la economía sólo había de responder a sus propias leyes: a sus criterios de productividad, eficiencia y rentabilidad. La crisis ecológica muestra a las claras los desastrosos efectos de esa violencia teórica y de las

<sup>36</sup> Riechmann, J., & Carpintero, Ó. (2017). ¿Cómo pensar las transiciones poscapitalistas? Revista de economía crítica, (23), 52-73.

prácticas que la acompañaron. Decimos violencia porque ninguna actividad económica se agota en su dimensión de productividad y rentabilidad, sino que tiene siempre, *al menos otras dos dimensiones: una dimensión ecológica y una dimensión social.*

Riechmann y Carpintero (2017) transcriben la siguiente afirmación de Eppler:<sup>37</sup>

Ahora se puede demostrar que la humanidad en su conjunto, si desea sobrevivir, no puede permitirse por más tiempo una economía que, en vez de tres dimensiones, solamente está preparada para reconocer la existencia de una dimensión. Incluso la propia economía está amenazada si se niega a aceptar la dimensión social y ecológica. Si volvemos la vista atrás en la historia, vemos que la época de una economía más o menos autónoma fue muy corta. Ha durado entre dos y tres siglos, un breve minuto en comparación con la historia humana. Fue simplemente un error pensar que la humanidad se lo podía permitir. Lo que necesitamos no es algo sorprendente o espectacular, sino algo que en la historia humana no sea la excepción sino la regla

Ahora se puede demostrar que la humanidad en su conjunto, si desea sobrevivir, no puede permitirse por más tiempo una economía que, en vez de tres dimensiones, solamente está preparada para reconocer la existencia de una dimensión.

Cuando permanentemente se elevan los alos al crecimiento económico y acriticamente se lo tilda de *bueno* se transita la senda del *crecimientismo* que ha conducido a muchos economistas a adquirir una visión distorsionada del mundo en tanto dicha visión no tendría sustento alguno si se viera al mundo tal cual es. Entre tales distorsiones se encuentra aquella de imaginar que los procesos de producción se llevan a cabo dentro de un ciclo cerrado y en aislamiento total del mundo natural al que solo se considera como proveedor inerte. Es esa visión la que desemboca en una inconsistencia deliberada como la de desarrollar sus teorías *como si* existiera una separación entre economía y naturaleza, llegando en su afán por economizar la naturaleza al absurdo de considerar a la economía *como si* fuera un sistema cerrado que incluye a la naturaleza como un subsistema abierto. Pero el *como si* que los caracteriza no puede transformar la realidad: en sus dimensiones biofísicas, la economía es un subsistema abierto del ecosistema terrestre que es: finito, no creciente y materialmente cerrado donde, obviamente, ninguno de sus subsistemas puede crecer infinitamente ni rebasar los límites biofísicos sin graves consecuencias, tal como lo pretenden algunos economistas.

No se necesita aquí recurrir a referentes del ecologismo político para ilustrar sobre la cuestión de los límites al crecimiento. En *Laudato si'*, el Papa Francisco se refiere a esa cuestión en los siguientes términos:

Ya se han rebasado ciertos límites máximos de explotación del planeta, sin que hayamos resuelto el problema de la pobreza. (n. 27)

---

<sup>37</sup> Eppler, E. (1991). "Economía y medio ambiente", en *El socialismo del futuro* 3, Madrid 1991, p. 116.

...la idea de un crecimiento infinito o ilimitado, que ha entusiasmado tanto a economistas, financistas y tecnólogos. Supone la mentira de la disponibilidad infinita de los bienes del planeta, que lleva a «estrujarlo» hasta el límite y más allá del límite. Es el presupuesto falso de que «existe una cantidad ilimitada de energía y de recursos utilizables, que su regeneración inmediata es posible y que los efectos negativos de las manipulaciones de la naturaleza pueden ser fácilmente absorbidos. (n. 106)

Por su parte Perón, en el *Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo* afirma que:

...los recursos naturales resultan agotables y por lo tanto deben ser cuidados y racionalmente utilizados por el hombre...La humanidad está cambiando las condiciones de vida con tal rapidez que no llega a adaptarse a las nuevas condiciones. Su acción va más rápido que su captación de la realidad y el hombre no ha llegado a comprender, entre otras cosas, que los recursos vitales para él y sus descendientes derivan de la naturaleza y no de su poder mental. De este modo, a diario, su vida se transforma en una interminable cadena de contradicciones...Lo peor es que, debido a la existencia de poderosos intereses creados o por la falsa creencia generalizada de que los recursos naturales vitales para el hombre son inagotables, este estado de cosas tiende a agravarse.

Lamentablemente, para algunos economistas, la economía funciona no solo como si fuera un sistema cerrado sino también *como si* en tal sistema se pudiera volver al momento inicial sin dejar huella, lo cual se traduce en el modelo de *flujo circular de la renta*, un equivalente a nuestro sistema circulatorio. Pero aquí también el *como si* no puede transformar la realidad en la cual la economía funciona de una manera asimilable al sistema digestivo con las etapas de extracción, producción, distribución, consumo y disposición.

Es en medio de tal irrealidad que algunos economistas consideran que, a través de la inversión, la mayor productividad y la acumulación de riqueza individual es como la sociedad logra un proceso de continua mejora y que la mejora de la sociedad es equivalente a la producción de riqueza material de donde concluyen que la producción de bienes constituye el centro de la economía. Es a partir de todo lo anterior que asumen al crecimiento económico como sinónimo del bienestar y se sumergen en el ideal de una sociedad crecientista adoptando al crecimiento económico como su objetivo primordial; crecimiento que además miden con un pobre y perverso indicador como lo es el Producto Interior Bruto. Todo bastante alejado de la definición que nos dejara el padre de la bioeconomía, Nicholas Georgescu-Roegen,<sup>38</sup> para quien: *...la economía es una ciencia que se ocupa de la especie humana que vive en sociedad dentro de un ambiente finito, o no es nada.*

Para la lógica del crecientismo, más es siempre mejor; como si el plantea tuviera infinita capacidad de carga, infinitos recursos naturales e infinita capacidad de asimilación de deshechos.

---

<sup>38</sup> Georgescu-Roegen, N. (1975). *Energy and economic myths*. *Southern Economic Journal*, 41(3), 347-381.

Un error fundamental en la lógica crecientista es ignorar absolutamente el problema del agotamiento de los recursos y la pérdida de los servicios ambientales estos últimos muchas de un valor superior al de los propios recursos naturales, en tanto no solo son los que hacen posible la actividad económica sino la vida misma.

Algunos economistas desarrollan sus teorías como si los recursos, en lo que se refiere a materiales y energía fueran inagotables; como si el crecimiento en el nivel global de la economía pudiera continuar eternamente y como si la sustitución de un material o una forma de energía por otra pudieran continuar indefinidamente aun cuando, en la realidad, las reservas totales son limitadas.

Con el objeto de sostener tales inconsistencias, algunos economistas, apoyados en el supuesto de la sustitución sin fin entre las diferentes formas de capital postularon que el capital económico puede sustituir al capital natural y que, si se suma a lo anterior las bondades del cambio tecnológico, se puede entonces pensar en una explotación ilimitada de los recursos naturales. En esa dirección se inscribe la sorprendente afirmación de Robert Solow,<sup>39</sup> referida a que: *El mundo puede continuar de hecho sin recursos naturales, de manera que el agotamiento de recursos es una de aquellas cosas que pasan, pero que no es una catástrofe.*

Esta manifiesta falta de reconocimiento de la dependencia de la economía humana respecto de los recursos naturales y de los servicios ambientales que soportan toda la vida sobre el Planeta y protegen la salud se encuentra muy bien ejemplificada por Lester Brown en *Plan B* cuando afirma que el progreso incesante está restringido hoy, no por el número de barcos de pesca disponibles, sino por la extinción de los peces; no por la cantidad y potencia de las bombas, sino por el agotamiento de los acuíferos y no por la cantidad de motosierras que se puedan disponer, sino por la desaparición de los bosques. O por Herman Daly cuando afirma que: *El hecho de tener dos o tres veces más sierras y martillos no nos permite construir una casa con la mitad de madera.*

El crecientismo es el que impulsa una economía no sincronizada con los ecosistemas de los que depende y ello no puede augurar otra cosa que un colapso civilizatorio que ni la tecnolatría ni la *mano invisible* logran evitar.

Un tema central que no debe ser pasado por alto es el referido a la afirmación de Scaletta según la cual las corrientes cuestionadas por el autor

...se inspiran en la idea del “decrecimiento” importada acríticamente de los países de Europa, que ya explotaron sus recursos naturales y completaron su ciclo industrial *agregando que*, para desarrollarse, Argentina necesita más agricultura, más hidrocarburos y más minería.

Que gran paradoja. Según Scaletta, Argentina necesita todo lo que marcha a contramano de la sostenibilidad. Más insostenible agricultura moderna (ver

---

<sup>39</sup> Solow, R. M. (1974). “Intergenerational equity and exhaustible resources”. *The Review of Economic Studies* 41, no. 5: 29-45.



<https://laereverde.com/2019/11/23/el-insostenible-modelo-agroindustrial/>); más hidrocarburos en plena transición energética y más insostenible minería, que ha acompañado a los países de la región durante más de quinientos años de desarrollo frustrado.

Para desarrollarse, lo que Argentina necesita, entre otras cosas, es más agroecología y más energías renovables y limpias. Lo que necesita, como lo plateara Perón en la década de 1970 es

...cuidar nuestros recursos naturales con uñas y dientes de la voracidad de los monopolios internacionales que los buscan para alimentar un tipo absurdo de industrialización y desarrollo en los centros de alta tecnología donde rige la economía de mercado.

A partir de lo que advertía que

...de nada vale que evitemos el éxodo de nuestros recursos naturales si seguimos aferrados a métodos de desarrollo, preconizados por esos mismos monopolios, que significan la negación de un uso racional de aquellos recursos.

Corresponde aclarar aquí que las ideas del *decrecimiento*, o mejor, del *a-crecimiento*, son propias del ecologismo y están muy lejos de haber sido importadas acríticamente; como si lo han sido las ideas crecientistas nacidas a partir de las muy europeas ideas de Adam Smith y de esa pléyade de mentores ideológicos nacidos al calor de la Primera Revolución Industrial; ideas a las que son tan afectos muchos economistas vernáculos.

Con el eslogan del *decrecimiento* el ecologismo plantea la necesidad de abandonar el objetivo del crecimiento ilimitado, cuyo motor no es otro que la búsqueda de la ganancia por los poseedores del capital y cuyas consecuencias son desastrosas para el ambiente y, por lo tanto, para la humanidad.

Para el ecologismo resulta urgente y necesario dar inicio en el mundo industrializado a un acelerado proceso de decrecimiento en tanto han sobrepasado sus biocapacidades e incluso han hecho y hacen usufructo de la biocapacidad del mundo en desarrollo; mientras que, en forma paralela, existe la urgente necesidad de los países en desarrollo de crecer sin imitar los insostenibles modelos de los países industrializados y rompiendo las trampas del extractivismo. La casa común que habitamos tiene una capacidad de carga que debemos respetar y ello significa decrecer para los que han excedido tal capacidad y crecer hasta alcanzarla para los que no lo han hecho.

Sobre una de las afirmaciones que se formulan en el artículo, la referida a que en la historia del capitalismo los desafíos ambientales siempre fueron resueltos mediante las revoluciones tecnológicas, es necesario aquí también arrancar de cero, al intentar dar una respuesta frente a tanto optimismo tecnocrático, razón por la que considero conveniente transcribir lo expresado en un reciente artículo que publiqué bajo el título: *El desarrollismo en el pensamiento nacional: una mirada desde la Ecología Política*

*(<https://laereverde.com/2021/03/21/el-desarrollismo-en-el-pensamiento-nacional-una-mirada-desde-la-ecologia-politica/>)*

El primer axioma: siempre la ciencia y la tecnología encontraran una solución a los problemas ambientales.

Se trata de una verdad axiomática sobre la que pivotea la subvaloración de la dimensión ambiental y que conduce a pensar que el ambiente no impone límites para el crecimiento ya que es posible agotar lo que hoy consumimos y contaminar lo que hoy contaminamos, porque antes de llegar a puntos irreversibles, el progreso tecnológico encontrará o inventará los sustitutos o solucionará los efectos contaminantes.

Encandilados por la fascinación tecnológica parecen no advertir que nada permite considerar al avance científico-técnico virtuoso por naturaleza. Que no se puede depositar una fe ciega en la tecnología ni espera que las soluciones tecnológicas - por sí solas- logren dar respuesta a la crisis sistémica que enfrentamos. Un muy buen ejemplo lo encontramos con la Identidad Kaya que nos permite demostrar que alcanzando las más optimistas mejoras en materia de sustitución de fuentes energéticas y aumentos de la eficiencia en el uso de la energía; si no se resuelven las variables sociales (crecimiento poblacional y modelo económico crecientista) las emisiones de gases efecto invernadero aumentan de manera exponencial.

Sobre el particular resulta ilustrativo el pensamiento de Perón cuando afirma que: El ser humano, cegado por el espejismo de la tecnología, ha olvidado las verdades que están en la base de su existencia. Y así, mientras llega a la Luna gracias a la cibernética, la nueva metalurgia, combustibles poderosos, la electrónica y una serie de conocimientos teóricos fabulosos, mata el oxígeno que respira, el agua que bebe y el suelo que le da de comer, y eleva la temperatura permanente del medio ambiente sin medir sus consecuencias biológicas. Ya en el colmo de su insensatez, mata al mar que podía servirle de última base de sustentación.

Por su parte, al referirse a la globalización del paradigma tecnocrático el Papa Francisco en *Laudato si'* afirma que: ...aun las mejores iniciativas pueden terminar encerradas en la misma lógica globalizada. Buscar sólo un remedio técnico a cada problema ambiental que surja es aislar cosas que en la realidad están entrelazadas y esconder los verdaderos y más profundos problemas del sistema mundial.

En definitiva, frente al optimismo tecnológico cabe advertir que existen límites biofísicos para el crecimiento; que las soluciones tecnológicas no pueden ayudar a realizar el sueño imposible de un crecimiento infinito dentro de un sistema finito; que ninguna teoría económica y menos científica puede ignorar la entropía energética e incluso material (concepto este último desarrollado por el padre de la bioeconomía Nicholas Georgescu-Roegen); que aumentar la eficacia conduce a un

aumento del consumo (Paradoja de Jevons); que en la práctica, en la formula ideológica: I+D+i, la innovación en realidad ha sido sustituida por mercado con las consecuencias que ello comporta y que, en definitiva, la inmensa complejidad de los sistemas de la Tierra define que nuestros intentos de hacer frente a los problemas ambientales resulten superficiales y sumamente peligrosos. Aquí también resulta ilustrativo el comentario del Papa Francisco:

La tecnología que, ligada a las finanzas, pretende ser la única solución de los problemas, de hecho, suele ser incapaz de ver el misterio de las múltiples relaciones que existen entre las cosas, y por eso a veces resuelve un problema creando otros.

Esperando que el autor del artículo que nos ocupa no considere como *importación acrítica de ideas europeas* traer aquí citas del Papa Francisco entiendo conveniente recurrir a alguna de sus afirmaciones, como en otros casos citar a Perón, por el valor que reviste el pensamiento de quienes, no siendo ecologistas, perciben con absoluta claridad la raíz común de los problemas y desafíos que nos toca enfrentar. Algunas de las ideas planteadas por ellos nos permiten dar claras respuestas a los interrogantes que deja flotando el economista Scaletta como, por ejemplo, cuando en *Laudato si'* el papa Francisco afirma que:

Para que surjan nuevos modelos de progreso, necesitamos «cambiar el modelo de desarrollo global», lo cual implica reflexionar responsablemente «sobre el sentido de la economía y su finalidad, para corregir sus disfunciones y distorsiones». No basta conciliar, en un término medio, el cuidado de la naturaleza con la renta financiera, o la preservación del ambiente con el progreso. En este tema los términos medios son sólo una pequeña demora en el derrumbe. Simplemente se trata de redefinir el progreso. Un desarrollo tecnológico y económico que no deja un mundo mejor y una calidad de vida integralmente superior no puede considerarse progreso. Por otra parte, muchas veces la calidad real de la vida de las personas disminuye –por el deterioro del ambiente, la baja calidad de los mismos productos alimenticios o el agotamiento de algunos recursos– en el contexto de un crecimiento de la economía. En este marco, el discurso del crecimiento sostenible suele convertirse en un recurso diversivo y exculpatorio que absorbe valores del discurso ecologista dentro de la lógica de las finanzas y de la tecnocracia, y la responsabilidad social y ambiental de las empresas suele reducirse a una serie de acciones de marketing e imagen.

El principio de maximización de la ganancia, que tiende a aislarse de toda otra consideración, es una distorsión conceptual de la economía: si aumenta la producción, interesa poco que se produzca a costa de los recursos futuros o de la salud del ambiente; si la tala de un bosque aumenta la producción, nadie mide en ese cálculo la pérdida que implica desertificar un territorio, dañar la biodiversidad o aumentar la contaminación. Es decir, las empresas obtienen ganancias calculando y pagando una parte ínfima de los costos. Sólo podría considerarse ético un comportamiento en el cual «los costes económicos y sociales que se derivan del uso de los recursos ambientales comunes se reconozcan de manera

transparente y sean sufragados totalmente por aquellos que se benefician, y no por otros o por las futuras generaciones». La racionalidad instrumental, que sólo aporta un análisis estático de la realidad en función de necesidades actuales, está presente tanto cuando quien asigna los recursos es el mercado como cuando lo hace un Estado planificador.

No dedicaré más tiempo al análisis de otra importante cantidad de juicios y prejuicios que se exponen en el artículo que nos ocupa, en tanto excede el alcance de una respuesta, pero quiero destacar que, a mi entender, el artículo en cuestión tiene el valor de instalar un urgente y necesario debate que nos debemos en función de los graves desafíos ecosociales que se plantean ante nosotros a los que no podremos dar respuesta si seguimos tercamente aferrados a paradigmas y axiomas que han perdido toda vigencia.

En respuesta a una nota de Raúl Timerman

8 DE ENERO DE 2022

En una entrevista de Ximena Casas a Raúl Timerman -publicada por INFOBAE el 8 de enero- el analista político se refiere al accionar de grupos ambientalistas frente a decisiones gubernamentales que validan e impulsan el desarrollo de actividades a las que estos grupos se oponen.

Si bien celebro que se intente poner en debate estos temas, dado el tenor de algunas de las afirmaciones que se consignan en la entrevista, he creído necesario dar a conocer algunas opiniones que espero puedan servir para profundizar los urgentes y necesarios intercambios de ideas que ameritan temas como el que nos ocupa.

En primer lugar, no es cierto que los grupos ambientalistas se opongan a todo lo que consideran que “puede alterar el orden natural”, esta opinión resulta una verdadera simplificación de la realidad. Así, por ejemplo, el ecologismo se opone a aquellas actividades que, además de caracterizarse por su manifiesta insostenibilidad, redundan en profundizar un desarrollo articulado al mercado mundial y, por lo tanto, fuertemente exodeterminado, dependiente, centralizado, especializado y de monoproducción. Actividades de muy negativas repercusiones socioambientales y económicas, tal como lo demuestra la larga experiencia regional en la materia, que solo han servido a una inserción internacional subordinada y funcional al modelo comercial y financiero hegemónico, actividades que solo se vuelcan a la maximización de la renta para pocos y la externalización de impactos sociales y ambientales para muchos.

Por otra parte, oponerse a este tipo de actividades no es oponerse al desarrollo económico no tomando en cuenta a los que viven mal. Es exactamente al revés, en tanto aceptar graciosamente el impulso de estas actividades acentúa nuestra alta dependencia económica y política, ensanchando la desigualdad en el intercambio comercial y profundizando la desigualdad social. No será vendiendo barato nuestras materias primas y comprando caros productos transformados, que se podrá resolver los problemas de los que viven mal.

Un renglón aparte merece la afirmación según la cual han sido los grupos ambientalistas los que han creado una palabra más peligrosa que la actividad misma: “extractivismo”, al que se califica como un concepto que asusta y es más peligroso que las propias prácticas extractivas.

Nada más alejado de la realidad que atribuir al ambientalismo la creación de la expresión “extractivismo”. La noción de extractivismo -unida al modelo de saqueo colonial- comenzó a instalarse, lejos de los debates ambientales, cuando a fines de la década de 2000, recrudecieron los debates sobre el desarrollo de Latinoamérica, debates donde emerge el concepto de “paradoja latinoamericana” según la cual para romper con el modelo neoliberal y su lógica de saqueo impulsada por las élites locales, se requería financiamiento y entonces había que optar por expandir el “viejo modelo extractivista” lo cual reprimarizaba las economías de enclave, con escasos encadenamientos locales o nacionales, y una presencia determinante de compañías transnacionales a las que se otorgaban enormes beneficios tributarios. Se imponía por esos tiempos y parece seguir vigente en el pensamiento del campo nacional, la idea que, para salir del extractivismo, hace falta más extractivismo. Idea que ha demostrado ser inconducente, porque una vez más, como lo sostenía Einstein, no se puede hacer lo mismo una y otra vez y esperar resultados diferentes.

Un argumento largamente empleado a la hora de cuestionar al ambientalismo también es desarrollado por Timerman quien afirma que: si no existiera la minería, no existiría el acero, los autos, los utensilios. Sin energía nuclear, no existirían los diagnósticos médicos más básicos como los rayos X. Aquí, debo señalar que oponerse a la minería a cielo abierto, de gran escala y bajo el modelo que caracteriza el extractivismo poco tiene que ver con el abastecimiento de productos que el ecologismo considera indispensables en una transición hacia una sociedad convivencial y verdaderamente sostenible que, obviamente, está en las antípodas del paradigma productivista/consumista que hoy resulta hegemónico; como menos aún tiene que ver la histórica oposición del ecologismo frente al empleo de la energía nuclear y el uso de los rayos X en medicina.

Se afirma en la entrevista que los grupos antiextractivistas solo actúan en los países en vías de desarrollo; no en Alemania, Inglaterra, Estados Unidos o Suecia; desconociendo el histórico accionar que, desde las décadas de los años 1960 y 1970, han desplegado notables referentes del ecologismo en Europa y Estados Unidos; las luchas populares desarrolladas en esas latitudes para enfrentar las consecuencias ecosociales de las industrias contaminantes y los megaproyectos extractivistas en sus territorios; o el accionar de los partidos Verdes o el impulso del decrecimiento del mundo industrializado.

Así como increíblemente relaciona energía nuclear con rayos X, el entrevistado termina otorgándole una connotación sexual a la discusión del extractivismo en un país con un 40% de pobreza, al calificar dicha discusión de “pornográfica” ignorando que cuestionar las políticas que impulsan las actividades extractivistas no es otra cosa que interpelar el modelo responsable de ese 40% de pobreza.

Timerman le atribuye a un segmento de clases medias acomodadas oponerse a algo que generaría ingreso de divisas al país que está al borde del *default* lo cual plantea una

situación paradójica: las clases medias acomodadas, que directa o indirectamente se han beneficiado del modelo extractivista y dependiente, serían -en su opinión- las que se oponen al modelo que las beneficia, con lo cual, descalifica e ignora el accionar que vienen desplegando las diferentes expresiones del ecologismo político, el ecofeminismo, el ecosocialismo y el indigenismo; las organizaciones sociales y políticas que, en la medida que aumenta su preocupación por la cuestión ambiental, comienzan a desprenderse de las concepciones productivistas; las organizaciones no gubernamentales; el ecologismo social; las corrientes ético religiosas y todos aquellos que levantan los valores, principios y acciones contenidas en la *Carta Encíclica Laudato si'*; los dirigentes y militantes peronistas que han hecho suyo y reivindican el Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo de Perón; las organizaciones defensoras de los derechos humanos; las corrientes de pensamiento progresistas, de los movimientos de izquierda y del nacionalismo popular, todo un campo verde que cada día lucha por la construcción de una patria socialmente justa, económicamente independiente, políticamente soberana y ecológicamente prudente, de tal manera de garantizar que el proceso de transición ecosocial nos conduzca –efectivamente– hacia una sociabilidad convivencial y un desarrollo verdaderamente sostenible.

Por último, Timerman se pregunta: ¿cómo carajo vamos a recuperar la economía? ¿fabricando pirulines, media hora, chuenga y gofio? ¡No jodamos más! A lo cual se puede responder que, para no joder más, hay que opinar con responsabilidad. No es con golosinas con lo que vamos a recuperar la economía, sino que es restructurándola bio-económicamente como se reactivará, pero esto merecería ser parte del debate pendiente que ojalá se logre concretar.

En respuesta a una nota de Álvaro García Linera

18 DE ENERO DE 2022

Recientemente, la Agencia Paco Urondo (APU), publicó una nota de Álvaro García Linera bajo el título de: *Detrás de la crítica extractivista a los gobiernos progresistas, se halla la sombra de la restauración conservadora*.

El autor, a quien respeto por su formación académica y su trayectoria política, desarrolla una fuerte argumentación con la que concluye afirmando que: *detrás del criticismo extractivista de reciente factura en contra de los gobiernos revolucionarios y progresistas, se halla pues la sombra de la restauración conservadora*. Esta afirmación, constituye una generalización que, a mi entender, invalida la propia conclusión.

No cabe duda alguna que existe intencionalidad en aquellos que han mirado para otro lado frente al paleo-extractivismo neoliberal, pero se rasgan las vestiduras ante el más mínimo atisbo de neo-extractivismo progresista. Incluso, muchas críticas bien intencionadas que emergen desde expresiones del ambientalismo superficial o reformista pueden terminar haciendo el juego a quienes lejos de oponerse al extractivismo lo practicarían de manera salvaje. Lo anterior no alcanza para poder generalizar la conclusión a la que arriba García Linera en tanto no contempla los motivos que conducen al ecologismo político a oponerse a los extractivismos.

Obviamente, no puedo identificar las causas por las que no se ha profundizado en las históricas posiciones del ecologismo político, pero me atrevo a suponer que se desconoce que, a diferencia del ambientalismo, el ecologismo es una ideología política y, en consecuencia, se desconoce también su radical desafío al consenso político, económico y social existente frente al productivismo. Se puede afirmar que la *Ecología Política*, en la que abreva el ecologismo, resulta una cosmovisión que emerge a partir de la toma de conciencia, tanto de la existencia de límites biofísicos para el crecimiento como de las muy graves consecuencias de exceder tales límites, lo que conduce a una revisión de la conducta humana y un cambio del sustrato superideológico productivista por un sustrato ecosocial en el que se puedan apoyar las estructuras y superestructuras de una sociedad convivencial y verdaderamente sostenible basada en los principios de justicia ecosocial; democracia participativa; respeto por la diversidad; no-violencia y sabiduría ecológica.

Parafraseando a Gorz, podemos entonces diferenciar entre “su ecología”, que persigue un productivismo que se acomode a los inconvenientes ecológicos y “nuestra ecología”, que plantea la necesidad de un cambio radical económico, social y cultural que suprima los inconvenientes del productivismo y, por ello, instaure una nueva relación de los seres humanos con la colectividad, con su ambiente y con la naturaleza. En definitiva, “su ecología” es sinónimo de *gatopardismo*; “nuestra ecología”, si nos atenemos a la gravedad del actual escenario ecosocial, es sinónimo de *revolución*. Lejos entonces se encuentra la oposición a los extractivismos y el resto de las posiciones que adopta el ecologismo político de ser una vía a la “restauración conservadora”.

No menos importante resulta destacar que el análisis que hace García Linera pivotea únicamente sobre la tradicional teoría marxista de la contradicción entre las fuerzas y las relaciones de producción, pero en nada se interna dentro de la segunda contradicción planteada entre las relaciones productivas capitalistas y las condiciones de producción, la primera de las cuales queda definida por las “condiciones físicas externas” que en la actualidad deben ser analizadas en términos de viabilidad de los ecosistemas, calidad del suelo, aire y agua, cambio climático, etc., etc. En otras palabras, existen dos contradicciones fundamentales: capital-trabajo y capital-naturaleza, pero es esta última la que gradualmente ha ganado peso frente a la primera contradicción, transformándose en principal impedimento para la reproducción del sistema. Luego, no considerarla a la hora de los análisis puede conducirnos a graves errores conceptuales.

Dicho todo lo anterior quiero detenerme en algunas observaciones y dudas que me ha generado la lectura del artículo que nos ocupa.

García Linera describe la estrategia seguida en Bolivia mediante la cual se apela al extractivismo para generar riqueza y redistribuirla entre la población; reducir la pobreza y la extrema pobreza; mejorar las condiciones educativas de la población y paralelamente a todo ello, emprender la industrialización. Ahora bien, el extractivismo, como practica -tal como lo define Machado Araoz- es el pilar estructural del mundo moderno, base fundamental de la geografía y la “civilización” del capital, pues el capitalismo nace de y se expande con y a través del extractivismo. Entonces si el extractivismo se sitúa en el corazón



mismo del sistema, aspecto que Marx destacaba con absoluta claridad en *El Capital*,<sup>40</sup> resulta algo paradójal que oponerse a esa práctica allane el camino a la restauración conservadora.

Por otra parte, existe secular evidencia que demuestra que el extractivismo produce “desarrollo” en el centro y subdesarrollo en sus periferias; sin que exista ejemplo alguno que haya producido desarrollo en la periferia. La propuesta de más extractivismo para salir del extractivismo ignora la existencia de los mecanismos centrípetos de redistribución de los recursos en los que se asienta el sistema-mundo capitalista que convierten en utopía el paradigma que inspira a la dirigencia política tradicional, particularmente aquella que hoy promete transformar a los países de la periferia en “paraísos productivos”. Ninguno parece advertir que – dentro del sistema-mundo capitalista – *es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja*, que un país periférico entre en el reino del “primer mundo” y menos aún advierten que la actual crisis ecosocial global, ya ni siquiera asegura la continuidad del desarrollo en los países centrales a los que se intenta imitar, particularmente en momentos en que las teorías del productivismo neocapitalista, de la mano invisible, el Estado mínimo y el acceso colectivo a la aldea global de la prosperidad y el bienestar han sido refutadas en los hechos; a la par que el escenario configurado resulta una contundente corroboración de las hipótesis que sostienen el núcleo duro ideológico del ecologismo sobre los límites del crecimiento y el antiproduktivismo.

Para hablar sobre extractivismo y antiextractivismo resulta ineludible analizar las características ecosociales del escenario global, cuestión sobre la que el autor no se detiene. Y esta omisión resulta de particular gravedad si tenemos en cuenta que en tal escenario las proyecciones de las principales variables tornan absolutamente verosímil el comportamiento del sistema socioeconómico de exceso y colapso; un escenario en el que el calentamiento del sistema climático ya es inequívoco; un escenario en el que sobran evidencias sobre la crisis del modelo energético fosilista; en el que las tendencias sobre pérdida de biodiversidad van confirmando que nos encontramos ante el sexto episodio de extinción en masa; un escenario en el que estallan crisis financieras frente a las que la infalible mano invisible del mercado pide a gritos la pronta y masiva intervención estatal; un escenario en el que la riqueza se concentra de manera salvaje; un escenario en el que, dejado a sus anchas, el sistema, en lugar de generar una economía de bienestar, edificó una economía de malestar entre cuyas principales actividades encontramos a la industria de armamentos, el narcotráfico y los subsidios para actividades que aceleran la insostenibilidad; un escenario en el que se multiplican los Estados fallidos y sus territorios quedan bajo el control de bandas armadas; donde emergen con fuerza renovada todo tipo de expresiones de intolerancia política y social; se agudizan los conflictos entre las potencias por recursos y mercados acrecentando el peligro de recurrir al empleo de armas de destrucción masiva; en definitiva, un escenario sobre el que tantas inútiles advertencias han sido hechas por el ecologismo.

El ecologismo político se opone a las prácticas extractivistas, a las que no considera un sinónimo de “desarrollo”, sino la precarización del concepto mismo de desarrollo,

---

<sup>40</sup> Tomo I. *El proceso de acumulación capitalista*. México: Siglo xxi Eds. p 942.

vaciándolo de las transformaciones sociales, económicas, políticas, culturales, que debieran venir con él; prácticas que maximizan la renta para pocos y externalizan sus impactos ecosociales para muchos. Detrás de sus críticas a tales actividades, lejos de esconderse la sombra de la restauración conservadora, lo que guía la predica anti extractivista es la búsqueda de un cambio de rumbo verdaderamente revolucionario; verdaderamente radical en tanto sus planteos van a la raíz de los problemas que nos toca enfrentar. Sin dejar de hacer suya la causa por la defensa de los derechos humanos o la redistribución de las riquezas y del poder, la *Ecología Política*, como bien lo plantea Lipietz, exige una transformación profunda de la vida material, de la manera misma de producir, consumir, de compartir la vida de la comunidad y es en este sentido, que aparece como “más radical” (yendo más a la raíz de las cosas) que todas las ideologías progresistas previas.

Lamentablemente, García Linera, al meter en la misma bolsa a cualquiera que se exprese contrario a los extractivismos, clausura el necesario y urgente debate entre las corrientes de pensamiento nacionales y populares sobre los desafíos ecosociales que tenemos que afrontar en un sistema-mundo productivista que se encamina hacia un punto crítico donde la opción será evolución o decadencia.

Entre dudas e incertidumbres, una certeza: detrás de la crítica ecologista a los extractivismos, solo se halla la sombra de la razón ecosocial, única capaz de levantarse como alternativa a la hegemónica razón productivista, responsable última del actual estado de cosas.

### **Sobre el extractivismo**

Sabemos que la tecnología basada en combustibles fósiles muy contaminantes – sobre todo el carbón, pero aun el petróleo y, en menor medida, el gas– necesita ser reemplazada progresivamente y sin demora. (165 – p. 52).

Las exportaciones de algunas materias primas para satisfacer los mercados en el Norte industrializado han producido daños locales, como la contaminación con mercurio en la minería del oro o con dióxido de azufre en la del cobre. (51 – p. 16)

En muchos lugares, tras la introducción de estos cultivos (cereales transgénicos), se constata una concentración de tierras productivas en manos de pocos debido a «la progresiva desaparición de pequeños productores que, como consecuencia de la pérdida de las tierras explotadas, se han visto obligados a retirarse de la producción directa» [113]. Los más frágiles se convierten en trabajadores precarios, y muchos empleados rurales terminan migrando a miserables asentamientos de las ciudades. La expansión de la frontera de estos cultivos arrasa con el complejo entramado de los ecosistemas, disminuye la diversidad productiva y afecta el presente y el futuro de las economías regionales. En varios países se advierte una tendencia al desarrollo de oligopolios en la producción de granos y de otros productos necesarios para su cultivo, y la dependencia se agrava si se piensa en la producción de granos estériles que terminaría obligando a los campesinos a comprarlos a las empresas productoras. (134 – p. 42)

## Sobre el nuclearismo

Pero no podemos ignorar que la energía nuclear, la biotecnología, la informática, el conocimiento de nuestro propio ADN y otras capacidades que hemos adquirido nos dan un tremendo poder. Mejor dicho, dan a quienes tienen el conocimiento, y sobre todo el poder económico para utilizarlo, un dominio impresionante sobre el conjunto de la humanidad y del mundo entero. Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien, sobre todo si se considera el modo como lo está haciendo... ¿En manos de quiénes está y puede llegar a estar tanto poder? Es tremendamente riesgoso que resida en una pequeña parte de la humanidad. (104 – p. 33)

Algunos proyectos, no suficientemente analizados, pueden afectar profundamente la calidad de vida de un lugar debido a cuestiones tan diversas entre sí como... los efectos del uso de energía nuclear. La cultura consumista, que da prioridad al corto plazo y al interés privado, puede alentar trámites demasiado rápidos o consentir el ocultamiento de información. (184 – p. 57)

Sobre el extractivismo el Papa Francisco advertía recientemente en su discurso en el encuentro con los movimientos populares reunidos en la ciudad boliviana de Santa Cruz:

El colonialismo, nuevo y viejo, que reduce a los países pobres a meros proveedores de materia prima y trabajo barato, engendra violencia, miseria, migraciones forzadas y todos los males que vienen de la mano...

En el mencionado discurso también afirmaba que:

Se está castigando a la tierra, a los pueblos y las personas de un modo casi salvaje. Y detrás de tanto dolor, tanta muerte y destrucción, se huele el tufo de eso que Basilio de Cesarea llamaba «el estiércol del diablo». La ambición desenfrenada de dinero que gobierna. Ese es el estiércol del diablo. El servicio para el bien común queda relegado. Cuando el capital se convierte en ídolo y dirige las opciones de los seres humanos, cuando la avaricia por el dinero tutela todo el sistema socioeconómico, arruina la sociedad, condena al hombre, lo convierte en esclavo, destruye la fraternidad interhumana, enfrenta pueblo contra pueblo y, como vemos, incluso pone en riesgo esta nuestra casa común.